

Mareas feministas en las universidades latinoamericanas

#3

Octubre 2025/enero 2026

**Bitácoras
autoetnográficas:
epifanías emocionales
en el territorio
universitario**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Paulina Serú
María Fernanda Solórzano Granada
Valeria Fernández Hasan
Gabriela A. Ramos
Milena Almeida Mariño
Mariana Elizabeth Alvear Montenegro
Julieta Evangelina Cano
Yenny Carolina Ramírez
Zaida Almeida Gordón
Tania Jimena Hernández Crespo
Estefanía Ferraro Pettignano
Micaela Flores
Victoria Pasero

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Universidades y
despatriarcalización**



CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Mareas feministas en las universidades latinoamericanas no. 3 / Paulina Serú ...
[et al.], - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2026.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: online
ISBN 978-631-308-206-3

1. Mujeres. 2. Feminismo. 3. Universidades. I. Serú, Paulina
CDD 301

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo
Gloria Amézquita - Directora Académica
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres
y Teresa Arteaga

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho
el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875
<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinación del Grupo de Trabajo

Márgara Millán
Universidad Nacional Autónoma de México
margara.millan@gmail.com

Coordinación del Boletín

Yenny Carolina Ramírez
Universidad Nacional de Colombia
ycramirez@unal.edu.co

Victoria Pasero
Universidad Nacional de La Plata
victoriapasero@gmail.com

Julieta Evangelina Cano
Universidad Nacional de La Plata
canojulieta@gmail.com

Zaida Almeida Gordón
Universidad Central del Ecuador
zvalmeida@uce.edu.ec

Tania Jimena Hernández Crespo
Universidad Nacional Autónoma de México
taniajimena@unam.mx

Paulina Serú
Universidad Nacional de Cuyo
serupaulina.n@gmail.com

Milena Almeida Mariño
Universidad Central del Ecuador
mpalmeida@uce.edu.ec

Mariana Elizabeth Alvear Montenegro
Universidad Central del Ecuador
mariana.alvear86@gmail.com

María Fernanda Solórzano Granada
Universidad Intercultural de las Nacionalidades
y Pueblos Indígenas Amawtay Wasi
maria.solorzano@uaw.edu.ec

Gabriela A. Ramos
Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini".
Universidad Nacional de Luján
ramosgabriela@gmail.com

Estefanía Ferraro Pettignano
Universidad Nacional de Cuyo
pipiferraro@gmail.com

Índice

- **Apertura**
Julieta Evangelina Cano; Milena Almeida Mariño; Zaida Almeida Gordón
- **Lo que hacen las emociones: escenas de odio y resistencia en la universidad pública**
Paulina Serú
- **Entre hilos y cuerpos: política afectiva y pedagogías de la incomodidad. Bitácora afectiva**
María Fernanda Solórzano Granada
- **Del miedo al asombro: sentir juntas o una pedagogía feminista del decir**
Valeria Fernández Hasan
- **Sentir el camino propio**
Gabriela A. Ramos
- **Bitácora de una Mujer Menopáusica**
Milena Almeida Mariño
- **Después del miedo, ¡solo hay vida! Bitácora**
Mariana Elizabeth Alvear Montenegro
- **Siento, luego existo, luego pienso, luego actúo**
Julieta Evangelina Cano
- **Vínculos por una sociología feminista**
Yenny Carolina Ramírez
- **Territorios del dolor y (re)existencias desde la alegre rebeldía**
Zaida Almeida Gordón
- **Laboratorio afectivo. Las apuestas de las clases de género en la Facultad de Psicología de la UNAM**
Tania Jimena Hernández Crespo
- **Provocaciones afectivas: reflexiones a partir de las lecturas circulares de Sara Ahmed**
Estefanía Ferraro Pettignano
- **La carne misma del tiempo**
Micaela Flores
- **Bitácora de un recorrido vertiginoso. Desanfitrionar el feminismo, abrir futuros en común**
Victoria Pasero
- **Epílogo**
Tania Jimena Hernández Crespo; Yenny Carolina Ramírez; Zaida Almeida Gordón; Mariana Elizabeth Alvear Montenegro; María Fernanda Solórzano Granada; Julieta Evangelina Cano; Milena Almeida Mariño; Paulina Serú; Gabriela A. Ramos

Apertura

Julieta Evangelina Cano*

Milena Almeida Mariño**

Zaida Almeida Gordón***

Esta tercera boletina del Grupo de Trabajo CLACSO “Universidades y despatriarcalización” es el producto de un círculo de lectura que sostuvimos durante 5 meses en torno al texto de Sara Ahmed “La política cultural de las emociones”. Llegadas aquí, se vuelve necesario reponer algo de contexto.

Durante el trabajo que dio lugar a la Boletina #2 de este GT, “Sentipensar en el aula: experiencias pedagógicas feministas”, y en el marco de un taller de sentipensar que funcionó como disparador para el epílogo del texto colectivo, varias de nosotras compartimos que nos atravesaban distintas emociones al momento de habitar la Universidad, producto de coyunturas diseñadas por las ultraderechas, donde ser docente mujer y feminista es leído como una situación de riesgo. De ese compartir, surgió la propuesta de trabajar con el texto de Ahmed en un círculo de lectura, dispositivo que titulamos “Un cuarto propio”, no sólo con la intención de traer a una autora relevante para nuestro campo, como es Virginia Woolf, sino también como refugio simbólico para dialogar sin miedo.

El círculo de lectura surgió como propuesta metodológica para explorar y reflexionar sobre el feminismo contemporáneo, utilizando el libro de Sara Ahmed como punto de partida. El objetivo fue profundizar en la experiencia de la lucha feminista donde lo político atraviesa los ámbitos personales y colectivos, en los contextos organizativos, universitarios y comunitarios. Para lo cual, la escritura autoetnográfica, fomentó un espacio de debate sobre cómo las emociones influyen en nuestras percepciones sociales y políticas.

Por medio de una dinámica reglada se dividió mediante sorteo, la lectura de los ocho capítulos y el epílogo del libro, con la libertad de que cada compañera organice su exposición desde una mirada crítica, experiencial y de realidad situada. Desde mayo a septiembre de este año, 2025, nos encontramos cada 15 días, durante dos horas, para compartir impresiones, emociones, sensaciones y pensamientos del capítulo (que debíamos llevar leído). Este ejercicio, nos permitió comprender la intersección entre emociones, cultura y poder.

Entonces, nos propusimos escribir de forma individual, pero a partir de los insumos co-creados en el espacio colectivo, bitácoras-autoetnográficas, como medio para explorar la experiencia individual y social, a través de epifanías narrativas vinculadas al espacio universitario en

* Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina. Instituto Universitario de la Policía Federal Argentina (IUPFA). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

** Universidad Central del Ecuador (UCE), Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

*** Universidad Central del Ecuador (UCE), Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

relación con una o varias de las emociones trabajadas en el círculo de lectura. Lo que sigue a continuación es una forma de la materialidad que asume el sentipensar en nuestras experiencias.

La epifanía se entendió como un momento de revelación o intensidad emocional, capaz de funcionar como disparador de memoria, guía narrativa y organizadora de la escritura. Escenas que marcaron, gestos que interpelaron o huellas que permanecen, se transformaron en núcleos de sentido desde los cuales pensar el habitar universitario. Cada autoría, en primera persona, estableció un diálogo entre su propia experiencia y las reflexiones de Ahmed, incorporando además materialidades diversas como acompañamiento de la narración.

Los trabajos reunidos provienen de una diversidad de territorios que expresan la riqueza de miradas y experiencias implicadas. Participan autoras de la Universidad Central del Ecuador (UCE), la Universidad Intercultural de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas Amawtay Wasi (Ecuador) y la Universidad Nacional de Colombia (UNAL), así como de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde Argentina, se suman la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo) y el Centro Cultural de la Cooperación “Floreal Gorini”. Esta constelación académica y cultural sitúa los aportes en un diálogo latinoamericano y feminista, atravesado por experiencias docentes, militantes y personales.

Las producciones pueden organizarse en torno a los afectos y emociones que se ponen en juego: miedo, dolor e indignación como marcas de la violencia patriarcal y fascista; asombro, incomodidad y vergüenza como claves de reconocimiento y problematización de lo vivido; rabia y resistencia como impulsos de acción colectiva; esperanza y vínculos feministas como horizontes de transformación y cuidado compartido.

Asimismo, los textos se diferencian según el tipo de experiencia relatada. Un conjunto recupera vivencias de/en la educación superior: episodios de violencia fascista en la Universidad y la reacción de la comunidad, la toma feminista de la UNAM frente al feminicidio de una estudiante y sus consecuencias curriculares, intervenciones pedagógicas transformadoras (de las estudiantes pero también de las docentes) ligadas al 8M, la Educación Sexual Integral y los conflictos que nos atraviesan en nuestras prácticas docentes y en los espacios de formación docente, como provocaciones a la reflexión. Otro conjunto se orienta hacia reflexiones personales y políticas -o donde *lo personal es político* -: el tránsito por la menopausia, la experiencia de habitar cuerpos generizados y subalternizados, y criar para la emancipación; como también el descubrimiento de la sociología feminista, y las reflexiones suscitadas a partir de intercambios epistolares con madres buscadoras de México. Así también, algunos aportes problematizan el presente universitario en clave crítica, analizando las tensiones de habitar la academia en contextos de ultraderechas y desigualdades estructurales. En conjunto, estas intervenciones configuran un mapa de emociones, saberes y prácticas que articulan la vida universitaria con los cuerpos, las memorias y las resistencias feministas en distintos territorios de América Latina.

Por último, luego de cada bitácora y su epifanía contenida, presentamos un Epílogo, resultado de un nuevo taller de sentipensar. El mismo se destaca por alojar las emociones que nos provocó no sólo el texto leído sino el círculo *sostenido*. La palabra *sostén* se vuelve emoción: las palabras que (nos) sostienen, como en red, en la experiencia cotidiana.

El encuentro en círculo, donde *circulamos* la palabra y los afectos, nos permitió experimentar el *privilegio de conectar*, en tiempos de profunda desconexión. El círculo nos permitió construir comunidad, encontrarle el sentido a la resistencia, llenándola de palabras, conceptos

y categorías vitales para interpretar nuestro(s) presente(es). Los textos que siguen están ordenados de acuerdo con aquello que alojan. Los primeros seis comparten experiencias reflexionadas, y los segundos seis comparten reflexiones situadas. Las, los y les invitamos a recorrer el texto y apropiárselo para ustedes. Les deseamos que resulte tan epifánico como para nosotras.

Lo que hacen las emociones: escenas de odio y resistencia en la universidad pública

Paulina Serú*

28/8/2025, de mañana, escritorio de casa_

Me preparo un mate, prendo la compu y vuelvo sobre el cuaderno que me acompañó a lo largo de estos meses de círculo de lectura sobre *La política cultural de las emociones*, de Sara Ahmed. Se activa un recorrido desordenado: anotaciones, flechas, garabatos, los nombres de las compañeras con quienes tejimos una reflexión colectiva, densa y afectada. Una nueva boletina nos invita a producir textos que compartan claves de lectura sobre este libro y cómo nos atravesó. Y ahí vuelve la provocación de Ahmed: cambiar la pregunta, de *qué son* las emociones a *qué hacen* las emociones. La interpelación es doble: *¿cómo resuena esto en mi experiencia en la universidad?* Podría elegir muchas escenas, pero quiero detenerme en dos, ambas dolorosas y al mismo tiempo productivas para pensar el momento que atraviesan las universidades públicas argentinas hoy, los afectos que se juegan y las esperanzas posibles.

Escena 1: La muestra “8M Manifiestos visuales”

7/3/2023, por la mañana, edificio del rectorado de la universidad_

En el marco del “8 de marzo” se inauguró en el hall del rectorado una muestra feminista. Obras de 36 artistas mendocinas colgaban de las paredes del edificio de gobierno universitario invitando a explorar la sexualidad, los deseos, la espiritualidad, la digna rabia y la fuerza de la movilización feminista de los últimos años. Recorremos la muestra con mis compañeras de trabajo y una obra nos conmueve especialmente: un cuerpo feminizado desnudo y de pie sobre una cruz, rodeado de flores que brotaban con potencia. Tantos cuerpos de mujeres atravesados por la clandestinidad del aborto, las violencias cotidianas, la maternidad impuesta, el sexo forzado, los mandatos de la iglesia; verlo ahí, florecido, poderoso, desafiante, se siente como un alivio.

20/3/2023, por la tarde_

Un grupo de militantes religiosos -mayormente varones, adultos, blancos- se congrega en las puertas del rectorado. Gritan, insultan, rezan, exigen entrar. Entran. Hacen una misa, sus rostros cargados de odio, en medio de la muestra feminista, la cercanía como zona de contacto. Sus voces suben de tono, empiezan a tocar las obras, tironearlas, tirarlas al suelo, desmembrarlas. Las patean, las pisan, las rompen en pedazos. Nadie los detiene. Escupen los lienzos, hacen añicos la cerámica. Decretan: “¡Viva Cristo Rey!”, “¡Viva la virgen!”. El odio se intensificaba con esa expresión de amor y devoción.

20/3/2023, por la noche, conversación con una amiga_

Nos llega la noticia, los videos, las fotos de la herida. Dolor en nuestras gargantas.

* Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Instituto de Ciencias Humanas Sociales y Ambientales (INCIHUSA-CONICET). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

Nota 1: Responder la pregunta *qué hace el odio* implica reparar en sus marcas sobre los cuerpos personales y colectivos. Las huellas sobre las obras destruidas eran también sobre personas: principalmente sobre las artistas que perdieron el fruto de su trabajo, pero además sobre quienes nos aferramos a los objetos del feminismo con la esperanza de despatriarcalizar la universidad. El ataque a la muestra como zona de contacto y circulación del odio estaba cargada de símbolos patriarcales, reaccionarios y represivos. Lo “odioso”, y, por tanto, destruido tenía un género -femenino- y un horizonte político -reclamaba igualdad, goce, libertad, rebeldía, derechos. A su vez, que la zona de contacto estuviera teñida por la alianza entre derechas, misoginia y religión tampoco era un detalle menor: el ataque ocurrió apenas a cuatro días de un nuevo “24 de marzo”, aniversario del inicio de la última dictadura cívico-ecclesiástico-militar en el país.

Escena 2: Pintadas en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS)

16/11/2023_ Meses después, otra zona de contacto_

Las paredes de la facultad donde estudié amanecieron pintadas con símbolos nazis, amenazas, insultos antifeministas, fascistas, arengas políticas a favor de Javier Milei, por ese entonces, candidato presidencial. Un grupo de personas no identificadas había entrado por la noche al campus a dejar marcas: “Chau parásitos, progres y feminazis”; “No les importa el país, solo quieren carguitos”; “Zurdos de mierda”; “Se les termina la joda, roñosos”; “No enseñan, adoctrinan”; “Antro Marxista”; “Milei o Ezeiza”, entre otras.

El odio escrito en la superficie de las paredes de la universidad, a días del ballottage electoral en las que se impondría la derecha fascista.



Fotografías 1 y 2: archivo propio. Dos de las pintadas sobre las paredes del edificio de la FCPyS, UNCUIYO.

Nota 2: *El odio construye su objeto-de-odio movilizando la fantasía de defensa ante una supuesta lesión o amenaza* (Ahmed, 2015). Quienes habitamos la FCPyS fuimos investida/es/os como ese “otro peligroso” al que había que expulsar de las universidades. Como plantea el libro, el odio circula entre figuras, se intensifica por repetición y, al juntarse con otros signos, acumula afecto. Así el odio se desplazaba estableciendo una metonimia pegajosa entre las palabras “zurdo”, “feminista”, “progresista”, “marxista”, “docente”, “delincuente”, “parásito”, “cargo público”, “antro”, “mierda”. Advierte Ahmed, *las narrativas de incertidumbre y crisis hacen que el odio trabaje más*: la frustración ante el fracaso de las promesas progresistas en un contexto de precarización neoliberal de la vida potenciaba esa operación en la antesala electoral.

Nota 3: Lo que sucedió en la muestra fue el intento de aniquilación del objeto del odio: se lo destruyó en una exhibición de poder a plena luz del día. Lo que sucedió en las paredes fue la disputa por la superficie misma de la universidad: quién puede marcar el espacio, incluso sin ser visto.

Odio y miedo como políticas de reorganización espacial

¿Qué hacen estas emociones? Ahmed plantea que el odio no está en una persona o lugar, sino que circula organizando fronteras. Por su parte, el miedo restringe el movimiento de algunos cuerpos mientras expande el de otros, distribuyendo desigualmente la sensación de vulnerabilidad ante el mundo.

En marzo, además de la censura y ataque directo a las artistas, la circulación del odio buscó generar miedo en “nosotras-feministas”. Mediante la exhibición de una escena de violencia patriarcal, los restos desmembrados de la muestra se convertían en el “objeto testimonio” sobre los que se adhería la memoria de la violencia contra los cuerpos feminizados. En un intento de reestablecer jerarquías, infundir miedo era un modo de alinear espacio social y corporal: buscaba domesticar, reprivatizarnos, borrar esos “manifiestos” del espacio universitario para restaurar su carácter patriarcal y colonial. Aunque pretendieran movilizar una narrativa de victimización (los manifestantes religiosos argumentaron que la muestra los “hería” porque “atacaba” sus creencias), la impunidad con la que la destruyeron nos recuerda la posición de poder que aún conservan estos sectores en la universidad.

En noviembre, las pintadas creaban un “objeto fronterizo”. Adentro, las aulas donde estudiamos, enseñamos y tejemos comunidad; afuera, los destinatarios del odio, nosotros/as/es; en medio, *la pared marcada*. El mensaje era claro: “hemos tomado este espacio”. Las palabras reclamaban *expulsión* no sólo de la universidad sino de la nación (la referencia a Ezeiza, aeropuerto internacional, lo explicitaba), fijándonos a la identidad de “amenaza”, “invasoras/es” de nuestra propia casa de estudios. Se reactivaba así la vieja narrativa del “enemigo interno” utilizada por la última dictadura militar, articulada ahora con el “enemigo roñoso” (sucio o contaminado) que habría que desalojar para depurar, limpiar el espacio.

Si la naturaleza de las emociones no es psicológica sino social e histórica, es porque movilizan memorias de contacto sobre la piel de las comunidades (Ahmed, 2015). En estas escenas fueron las memorias colectivas de represión, censura, aniquilamiento, persecución política, cercenamiento de la libertad académica, las que le dieron profundidad afectiva a la herida. Sin embargo, esas impresiones también movilizaron la necesidad de juntarnos, escucharnos y organizar la resistencia.

Emociones justas: politizar la cicatriz, asamblear contra el fascismo

Frente al ataque las artistas decidieron no claudicar: reunieron los restos de sus obras y transformaron la destrucción en creación, exponiendo las piezas en una nueva muestra, ahora acompañada de un comunicado que exhibía la herida y su historia. La instalación permaneció todo el mes, como un acto de resistencia feminista *en* el espacio público universitario. Sin embargo, aunque esta acción contribuyó a un sentido de reparación colectiva, la justicia y reparación personal hacia las artistas aún no termina de llegar (Pérez, 2025). Los responsables no han pagado por el daño y no existe un reconocimiento sobre lo sucedido como un ataque de odio y violencia patriarcal.

Por su parte, el mismo día de las pintadas, estudiantes, docentes, personal de apoyo y autoridades nos reunimos en asamblea. La atmósfera era de conmoción y repudio, pero también de contención afectiva y organización. Se señaló que no se trataba solo de un daño material, sino de un intento de disciplinamiento al pensamiento crítico en la universidad. Con sus disidencias internas, la asamblea reafirmó la lucha en defensa de la universidad ante los fascismos que avanzaban. Quienes pintaron aún no han sido identificados, algunas paredes fueron restauradas, otras convertidas en murales artísticos que resignificaron estas cicatrices.

Dolernos, testimoniar, no son actos individuales: son prácticas políticas. El feminismo, dice Ahmed, involucra una respuesta emocional ante el mundo. La *indignación feminista* ante ese mundo es creativa, porque implica darles un nombre a las cosas que queremos cambiar: fascismo, violencia, injusticia. Involucra a su vez una lectura del mundo que ayuda a convertir la herida en un “nosotras/es” resistente. Ambos intentos de marcarnos con el odio distan de otra realidad: somos trabajadores/as y estudiantes quienes sostenemos día a día las aulas de una universidad pública que, aún con deudas y fallas, seguimos resguardando. Ante un gobierno que ha intensificado sus ataques de odio, ya no sólo simbólicos sino mediante políticas de ajuste y ahogamiento, movilizar *emociones justas* es parte de no soltar los objetos del feminismo. Se trata de “hacer el trabajo”, *con y en* las heridas, para sostener nuestra apuesta cotidiana: enseñar, protestar, incomodarnos, reunirnos, afectarnos, sanarnos, imaginar y construir un horizonte. Es parte de mantener nuestro cuerpo abierto al mundo y el futuro abierto a la esperanza.



Fotografías 3, 4 y 5: archivo propio. Mural realizado en la FCPyS. Sobre la pintada “no enseñan, adoctrinan”, estudiantes re-escriben: “nos enseñan, no adoctrinan”.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Pérez, Cristina. [@cristinaelianaperez]. (2025, marzo 24). *A dos años de la destrucción de las obras en la exposición #8M Manifiestos Visuales, aún esperamos una respuesta* [Video]. *Instagram*. <https://www.instagram.com/reel/DHdm2FfO9V9/>

Entre hilos y cuerpos: política afectiva y pedagogías de la incomodidad

Bitácora afectiva

María Fernanda Solórzano Granada*

Escribir desde la autoetnografía es dejar que mi cuerpo, con sus memorias y afectos sea archivo y método. Mi práctica docente y mi condición de mujer en espacios atravesados por tensiones de poder, violencia y deseo se entrelazan con la lectura del texto “*La política cultural de las emociones*” de Sara Ahmed, desde donde esta bitácora se sitúa en la incomodidad para analizar cómo las emociones atraviesan las relaciones de poder y configuran experiencias pedagógicas.

Ahmed (2015) señala que “el dolor o la incomodidad son lo que devuelven nuestra atención a las superficies del cuerpo como *cuerpo*. Estar cómoda es estar tan a gusto con el ambiente propio, que es difícil distinguir dónde termina nuestro cuerpo y dónde empieza el mundo” (p. 227). Esta reflexión atraviesa mi práctica docente cuando al trabajar feminismos y género, la incomodidad aparece. No se trata únicamente de malestar, sino de la manifestación de una tensión constante entre teoría y práctica, así como entre las normas y jerarquías de la academia y cuerpos que las cuestionan y desafían. La incomodidad también es aceptar mis contradicciones, “podemos sentirnos incómodas en las categorías que habitamos, incluso en categorías que están moldeadas por su rechazo del confort público” (Ahmed, 2015, p. 234).

Para Ahmed (2015), la incomodidad es un afecto que abre posibilidades de reflexión, cuestionamiento y transformación. En el contexto de la docencia, esta apertura se manifiesta cuando los cuerpos y experiencias de estudiantes y docentes desafían los guiones establecidos sobre cómo vivir, sentir y relacionarse. Esta bitácora integra mi experiencia docente y performativa, mostrando cómo la incomodidad del cuerpo y de la enseñanza se entrelazan para generar conocimiento encarnado.

Aprendiendo a hilar

“Hagamos algo, conversemos sobre feminismos, sobre género, necesitamos hablar de estos temas”, me dijo una estudiante de la asignatura que imparto “*Teorías Antropológicas*”. Se acercaba el 8M, y el entusiasmo de las estudiantes se tradujo en la planificación de un encuentro presencial, algo inesperado en una universidad de modalidad virtual.

Para apoyar esta iniciativa, planificamos varias actividades junto con las compañeras del G-T “Universidades y Despatriarcalización” de CLACSO Ecuador. Inicialmente se propuso un conversatorio académico, pero pronto se percibió la necesidad de algo más. Zaidy, mi amiga y colega, sugirió invitar a la colectiva *Bordando la ternura*, que utiliza arpilleras como forma de denuncia de violencias de género, y a *Madre Sabia*, colectiva que trabaja con espiritualidades como posibilidades de sanación.

Este encuentro cuestionó los feminismos alejados de los territorios y las prácticas vivenciales. Se abrió un espacio de escucha sobre violencias, donde el cuidado se articuló a través de la

* Universidad Intercultural de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas Amawtay Wasi, Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

juntanza, conectando cuerpos y relatos en un proceso colectivo de reconocimiento de saberes. La colectiva de bordadoras nos invitó a coser, creando un espacio donde palabras y afectos se entrelazaban con los hilos en la tela. Mis estudiantes se conectaron con otras participantes y compartieron historias de violencias académicas, mientras mis colegas sostenían el encuentro con palabras cálidas. Allí me senté a coser, dejando que mis manos trazaran puntadas.



Fotografías de Génesis Yanza. Encuentro “Tejiendo resistencias”, 07 de marzo de 2025

Los hilos entrelazaban memorias, afectos y experiencias compartidas, y la “pegajosidad” de los afectos se adhería a la tela. Como señala Ahmed (2015, p. 150), esta pegajosidad se entiende como “la acumulación de valor afectivo (...) no se relaciona con las convenciones explícitas, sino con los vínculos implícitos que determinan cómo los signos funcionan en relación con otros signos”. En el acto de coser, estas fuerzas invisibles se hicieron palpables, mostrando cómo emociones, recuerdos y relaciones atraviesan cuerpos, materiales y prácticas compartidas.

Nuestra arpillera (tela) sigue cosiéndose, viajando, encontrando otros territorios, encontrándose con otras estudiantes, con madres de estudiantes, con más colegas, más amigas. Y yo, sigo aprendiendo a coser, a hilar.

Desde la colectiva *Madre Sabia* se cuestionó a la academia feminista colonial, que a menudo no está abierta a escuchar saberes ancestrales ni a incorporar prácticas afectivas y comunitarias en sus métodos de enseñanza, a limitarnos a repetir términos alejados de los sentires y vivencias de pueblos y nacionalidades. Una vez más, apareció la incomodidad, ese afecto que desafía nuestras propias prácticas docentes y que, al mismo tiempo, nos invita a repensar la educación desde la sanación.



Fotografías de Génesis Yanza. Encuentro “Tejiendo resistencias”, 07 de marzo de 2025

La Huitaca: la rebeldía encarnada

En diciembre de 2023 conocí a la Huitaca¹ durante una performance: esta diosa de la población indígena muisca de Colombia, desacreditada como bruja y castigada por su desobediencia. En la performance, mis amigas bailarinas Zaidy, Anna y Nancy la encarnaron. La observé como espectadora, envuelta en el rojo de la sanación, y la percibí como goce, embriaguez y sexualidad femenina indomable.

En agosto de 2025 fui convocada por la bailarina Anna Jácome a “desarchivar” memorias de performance. La propuesta era habitar la Huitaca. Realizamos un taller de tres días para sentirla y vivirla. Para danzar a la huitaca partimos de una pregunta: ¿cuáles son mis impulsos de rebeldía?

A los talleres llevamos materiales que evocan nuestras rebeldías. En mi caso, me acompañaron: una tela roja; las cartas autoetnográficas de las madres buscadoras de Jalisco, México, que nos compartió mi amiga Olivia, quien trabaja la metodología de la autoetnografía en contextos de violencia; la arpillera (tela) de la que narro en esta bitácora; hilos, tijeras, y velas.

En estos talleres, la Huitaca se multiplicó en mi cuerpo: fue Patricia, una madre buscadora de México, a través de una carta; fue Francisca, mi estudiante violentada, a través de una postal autoetnográfica; y fueron mis amigas Violeta y Stefy, desarchivando y activando la denuncia contra un profesor universitario por ejercer violencia.

El día de la presentación de la performance, la Huitaca me llegó de color rojo, de rebeldía, y de vida. Apareció como un viento suave y, al mismo tiempo, como una ráfaga: movió cuerpos, telas, afectos y memorias, conectando ancestras, estudiantes y compañeras. Nos invitó a abrazarnos, a juntarnos con la tierra, a lanzar nuestros hilos hacia las hermanas de México, hacia mis mujeres. Comprendí que la rebeldía colectiva abre grietas en los miedos impuestos y que el placer compartido se convierte en un terreno de resistencia. Desde esa incomodidad nace la rebeldía colectiva, como esa acción que cuestiona, desafía y transforma las normas; tal vez sea una respuesta que convierte el afecto en resistencia.



Fotografías de archivo propio. Performance “Encarnando a la Huitaca”, 10 de agosto de 2025

¹ “La deidad muisca Xubchasagua, mejor conocida como Huitaca, diosa de las artes, la música, la luna, el agua, la naturaleza, considerada una diosa rebelde, y por tal razón obligada a pasar las noches en vela en forma de lechuza” (Bernal, 2023, p.32).

Puntada final

La encarnación de la Huitaca y la práctica del tejido colectivo evidencian que la incomodidad puede ser un terreno fértil. Como señala Ahmed (2015) es importante cuestionarse “cómo el feminismo involucra una respuesta emocional al "mundo", en la cual la forma de la respuesta implica una reorientación de nuestra relación corporal con las normas sociales” (p. 259).

Incomodarnos y rebelarnos es necesario en la academia y en la vida feminista. Por eso, la lucha no se encuentra simplemente “fuera” del sistema ni limitada a una identidad cerrada. Se manifiesta en la manera en que habitamos nuestras contradicciones, sin permitir que se conviertan en excusa para el cinismo, como menciona Ahmed (2015).

bell hooks (2021) me recuerda que enseñar desde el cuerpo y el espíritu implica riesgo: mostrarse vulnerable frente a estudiantes, asumir que la docencia no es neutral, sino lugar de conflicto. En mis aulas, hablar de género es exponerme: incomodar al estudiantado, incomodar a colegas, incomodarme a mí misma.

La expectativa de que el/la docente/profesor/a “vacíe” su ser al entrar al aula no sólo invisibiliza las emociones y experiencias personales, sino que reproduce jerarquías de poder y normas institucionales que limitan la enseñanza afectiva y situada (hooks, 2021).

Termino mi bitácora citando a bell hooks y su propuesta de pedagogía comprometida, quizá como un camino que pretendo seguir, quizá como un ejercicio propio de incomodidad, quizá como la rebeldía que busco encarnar.

Pero la mayoría de los profesores deben practicar para mostrar su propia vulnerabilidad en el aula, para estar plenamente presentes en mente, cuerpo y espíritu. Las y los profesores que trabajan para transformar el currículo y que no refleje prejuicios o refuerce sistemas de dominación son las más de las veces los mismos dispuestos a correr el tipo de riesgos que la pedagogía comprometida requiere y hacer de sus prácticas docentes un lugar de resistencia. (hooks, p.46)

Las y los profesores que reciban con los brazos abiertos el desafío de la autorrealización serán más capaces de crear prácticas pedagógicas que impliquen al estudiantado, ofreciéndole modos de conocer que aumenten su capacidad de vivir con plenitud y hondura (hooks, p. 47).

La incomodidad no es un obstáculo, sino un hilo rojo que atraviesa cuerpos, memorias y resistencias. Entre la tela de la arpillera y el movimiento de la Huitaca, entre las voces de mis estudiantes, de las madres buscadoras, de mis colegas y amigas, y mis propias contradicciones, aprendo que la pedagogía feminista es también una puntada de rebeldía. Tal vez mi tarea sea seguir cosiendo, seguir danzando, seguir incomodándome para que la enseñanza se vuelva juntanza, afecto y transformación.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Bernal, Ingrid (2023). *CANTO HUITACA La rebeldía del canto con voz de mujer* [Tesis de Maestría en Músicas Colombianas]. Universidad El Bosque Facultad de Creación y Comunicación. Bogotá, Colombia.

Hooks, Bell (2021) *Enseñar a transgredir. La educación cómo práctica de la libertad*. Madrid: Capitán Swing.

Del miedo al asombro: sentir juntas o una pedagogía feminista del decir

Valeria Fernández Hasan*

El asombro involucra la radicalización de nuestra relación con el pasado,
que se transforma en lo que vive y respira en el presente
Sara Ahmed

La materia *Introducción a la Filosofía y el Pensamiento Feminista* está dentro de la oferta de los cursos opcionales de filosofía en la carrera de Comunicación Social, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, Argentina. Luego de alrededor de dos décadas de desarrollarse como curso optativo para todas las carreras de la facultad y con equipos docentes que iban cambiando más o menos periódicamente, alcanzó un formato regular y continuo, a partir de 2014. Fue un triunfo político y académico formalizar el dictado en una de las carreras y, de esa forma, asegurar su permanencia.

Comenzamos con un número importante de estudiantes aquél 2014, alrededor de 50. Con el correr del tiempo, la matrícula creció hasta llegar a su pico máximo de 180 en la cresta de la marea verde en 2018 y 2019. El aula aparecía exultante de pañuelos verdes, entusiasmo militante por la lucha a favor de la ley de interrupción voluntaria del embarazo, los escraches a profesores y un despertar contagioso de activismo, alegría y compromiso por las banderas del feminismo ensanchado a partir de *Ni Una Menos* (Fernández Hasan, 2019). Fue en ese marco, de conversación ampliada y esperanza por lo que juntas lográbamos que, una tarde, al calor de un *decir* que desplazaba umbrales históricos de silencio, trajimos las experiencias de violencia y abuso al centro de la clase. Como una onda sísmica, uno tras otro, los testimonios recorrieron la sala, incomodando, volviendo nuestra aula feminista un resguardo para nuestras emociones.

El disparador de la actividad fue hacer levantar la mano a quiénes alguna vez, a lo largo de su vida, habían sufrido algún tipo de violencia sexual. Uno a uno los brazos fueron elevándose en un contagioso reguero de recuerdos dolorosos. Las tres docentes a cargo de la clase y la totalidad de las estudiantes mujeres nos encontramos en el asombro compartido de saber que todas habíamos pasado, en algún momento de nuestras vidas, por alguna situación de acoso o abuso. “La pedagogía feminista se puede pensar en términos de la apertura afectiva del mundo a través del acto del asombro, no como un acto privado, sino como apertura de lo que es posible mediante el trabajo conjunto (Ahmed, 2015: 274). Tal como Ahmed lo ha mostrado, el dolor y la indignación retornan, se reviven, mediante el asombro. Un asombro que permite que nos demos cuenta de que esos sentimientos y aquello que lo causó puede deshacerse, así como, previamente, se hizo. El asombro resulta un motor para la acción política y la transformación.

Cada cuerpo, que se mueve de esta u otra manera, deja una impresión sobre otros y afecta lo que pueden hacer. El asombro abre un espacio colectivo al permitir que las superficies del mundo dejen una impresión, en la medida en que se vuelven ‘mirables’ o ‘senti-bles’ como superficies (Ahmed, 2015, p. 277).

* Instituto de Ciencias Humanas Sociales y Ambientales (INCIHUSA-CONICET). Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. valeriafhasan@gmail.com

Ahmed sostiene que el miedo envuelve a los cuerpos que lo sienten. Así, construye esos cuerpos como envueltos, contenidos por él, desde fuera moviéndose hacia dentro.

Quando hay miedo, el mundo presiona contra el cuerpo; el cuerpo se encoge y se retira del mundo con el deseo de evitar el objeto de miedo [...] el miedo restringe la movilidad del cuerpo precisamente desde el momento en que parece preparar al cuerpo para la huida (Ahmed, 2015, p. 115).

Los testimonios se fueron superponiendo. Historias personales de abuso puertas adentro en las casas, acoso en el transporte público, tocamientos no consentidos en encuentros fortuitos, violencia simbólica a través de piropos ofensivos a lo largo de toda la trayectoria vital, violencias sexuales en gradaciones diferentes que todas habíamos padecido. Algunas siendo muy pequeñas, otras en la adolescencia, sin límite de edad hasta la madurez, esas experiencias habían afectado nuestra manera de movernos en el mundo, nuestra circulación por la vía pública, los horarios para desplazarnos o los lugares para habitar. Como muestra Ahmed, el miedo funciona para contener algunos cuerpos haciendo que ocupen menos espacio. Las emociones funcionan para alinear el espacio corporal con el espacio social y el miedo funciona para restringir a ciertos cuerpos a través del movimiento o expansión de otros (2015, p. 115). Las diferentes situaciones de violencia y abuso traídas al presente, el miedo narrado como experiencia corporizada, configuraron a ciertos otros como temibles: los varones como referentes de un peligro para cada una y para nuestras vidas.

El miedo implica una anticipación de daño y nos proyecta hacia un futuro como una experiencia corporal intensa en el presente (Ahmed, 2015). El miedo al mundo como el escenario de un daño futuro nos coloca en estado de temerosidad. Estos sentimientos de vulnerabilidad y miedo moldean nuestros cuerpos tanto como la forma en que nuestros cuerpos ocupan el espacio. De esta manera, el miedo construye fronteras. “La vulnerabilidad no es una característica inherente a los cuerpos de las mujeres; más bien, es un efecto que funciona para asegurar la feminidad como una delimitación del movimiento en público y una sobre-habitación de lo privado” (Ahmed, 2015, p. 117).

Del miedo al asombro y al revés, del asombro colectivo al miedo que guardamos como historias que hemos mantenido vivas, un sentir compartido se convirtió aquella tarde en pedagogía feminista del *decir*. No se trató solamente de esa percepción del riesgo que nos une sino de la comunidad que construimos como forma de defensa y sanación.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Fernández Hasan, Valeria (2019). Narrativas feministas en los medios: Notas acerca de la construcción de los temas de agenda del movimiento a través de los discursos de académicas y activistas. *Boletín GEC. Prácticas Literarias y Prácticas Críticas*, (23). Universidad Nacional de Cuto. Disponible en

<http://revistas.uncuyo.edu.ar/ojs/index.php/boletingec/article/view/1755/1401>

Sentir el camino propio

Gabriela A. Ramos*



Imagen 1: archivo propio. Collage que acompaña la portada de presentación del TFI, se han recortado los datos personales para preservar la identidad de la estudiante.

“Dado que no es que los sentimientos compartidos impliquen sentir el mismo sentimiento, o sentir-en-común, sugiero que lo que circula son los objetos de la emoción, y no tanto la emoción como tal” (Ahmed, 2015, p. 35). Compartiré una experiencia pedagógica desarrollada en el espacio curricular de ESI- -educación sexual integral- durante el año 2022. En la formación de Psicólogos Sociales en la CABA - Argentina, se incorpora el espacio curricular de ESI de carácter obligatorio para todos los años de cursada. El programa incluye: el concepto de género, su proceso histórico y sus posibilidades como analizador social. Se profundiza el enfoque biomédico con el objetivo de conocer el propio cuerpo para cuidar y promover la salud y prevenir enfermedades. Por último, se aborda el enfoque de derechos con el marco legal internacional y nacional tendiente a la construcción de la democracia sexual¹.

“Violencia de género” es un contenido transversal y prioritario por ser un emergente en el estudiantado. Se aborda todos los años desde los diferentes enfoques. Hay un fuerte compromiso institucional con la erradicación de la “violencia de género”. Tanto el 3 de junio –día del Ni una Menos- como el 25 de noviembre -Día Internacional de lucha contra toda forma de violencia hacia las mujeres-, se organizan actividades gratuitas abiertas a la comunidad: charlas con especialistas, cindebate, talleres de producción artística, etc. Esta institución es

* Coordinación Equipo de Investigación en Educación Sexual Integral del Departamento de Educación del Centro Cultural de la Cooperación "Florencia Gorini", Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Docente Universidad Nacional de Luján (UNLu), provincia de Buenos Aires, Argentina.

¹ Eric Fassin (2012) define “democracia sexual” como un proceso en el cual se produce la extensión del ámbito democrático con la creciente politización de las cuestiones del género y la sexualidad que revelan y alientan las múltiples controversias públicas actuales. Las cuestiones sobre la sexualidad ya no están constreñidas a la esfera privada, sino que, cada vez más, quedan sometidas a las mismas exigencias políticas que el resto de las cuestiones de la sociedad.

reconocida por implementar una educación nacional y popular, profundamente crítica del academicismo colonizante del psicoanálisis tradicional y una metodología personalizada que acompaña las trayectorias estudiantiles.

Pondré en valor la autobiografía como recurso pedagógico para el abordaje de la ESI con adultos a partir de una experiencia de enseñanza². La autobiografía fue parte de una consigna de trabajo realizada durante la cursada. Este devenir de la estudiante, este ida y vuelta entre los propios sentires y decires y las lecturas de diferentes autoras/es la condujeron a profundizar el tema “violencia de género” para su Trabajo Final Integrador. La consigna incluyó formatos diversos de presentación: escrita, plástica, audiovisual, corporal. Siguiendo a Ahmed cuando cita a Spinoza, “las emociones moldean lo que los cuerpos pueden hacer, como “las modificaciones del cuerpo mediante las cuales el poder de acción sobre el cuerpo aumenta o disminuye”” (Ahmed, 2015, p. 24). Con autores como Alliaud, Ricoeur, Souto, yo sostenía la hipótesis que la escritura en primera persona era una posibilidad de reconstrucción de la identidad a partir de un “yo” protagonista, tanto para la estudiante como para la docente. Por eso, en simultáneo me propuse realizar mi registro autoetnográfico de la experiencia de tutoría durante el TFI. Era una práctica pedagógica que me implicaba emocionalmente comprometiendo mi sensibilidad y subjetivaciones. Deseaba, en el análisis, entrelazar la autobiografía de la estudiante con mi historia personal para reconocer el impacto emocional que tenía este vínculo pedagógico en mi carrera docente. Soy mujer, soy sobreviviente de múltiples violencias como la mayoría de nosotras, también de violencia intrafamiliar. Hace mucho tiempo, una compañera de trabajo me ayudó a “ver”, a desnaturalizar lo que para mí era cotidiano, me abrió los ojos y me habilitó la voz. Ese era el movimiento que deseaba producir en la estudiante con este trabajo.

(...) las emociones no se tratan solo del movimiento, también son sobre vínculos o sobre lo que nos liga con esto o aquello... Lo que nos mueve, lo que nos hace sentir, es también lo que nos mantiene en nuestro sitio, o nos da un lugar para habitar. Por tanto, el movimiento no separa al cuerpo del “donde” en que habita, sino que conecta los cuerpos con otros cuerpos: el vínculo se realiza mediante el movimiento, al verse (con)movido por la proximidad de otros. (Ahmed, 2015, p. 36).

La escritura de los sentimientos, las decisiones, las afectaciones, permitió abrir un espacio para la reflexión que condujo a la selección de las lecturas teóricas adecuadas para la realización del TFI. Como expresa Souto

El darse cuenta de las emociones y sentimientos, de las creencias e ideologías que la experiencia vivida despierta en el recuerdo del entorno y las circunstancias, en el pasaje a la palabra escrita, en las relecturas sucesivas que permiten modificaciones, en esa hechura cuidadosa, comprometida, implicada está buena parte del potencial formativo de la narración (...) (Souto, 2016, p. 443).

Al releer las líneas de mi bitácora, vuelven sensaciones e imágenes de esos encuentros con la estudiante, del momento en que expuso su historia, un relato en el que amasaba vivencias con definiciones y marcos legales, recursos del Estado con deseos de una vida libre de violencia para sus hijas; pasado y futuros enhebrados en la misma genealogía femenina. Ella escribe “... *Desde mi reflexión sobre esta situación de violencia yo pienso que se da de generación en*

² Este concepto teórico desarrollado por Pichón Riviere implica un intercambio constante entre quien enseña y quien aprende de tal modo que ambos participantes juegan un rol activo en la adquisición y construcción del conocimiento, siendo “docente-alumno” roles intercambiables.

generación porque de lo que me han contado de la historia de mi familia siempre hubo violencia de todo tipo hacia las mujeres. Esto se aprende de lo que se ve y vivís y es una cadena, un patrón donde se ve que la mujer tiene que adoptar una postura de sumisión por el machismo que es dominante dentro del vínculo familiar, en este caso la pareja...”. Tengo presente la respuesta del grupo cuando compartió su relato: asombro, vergüenza, dolor e incomodidad se manifestaban en los cuerpos. Fueron significativos los largos abrazos de compañeras y docentes que mostraban la incipiente construcción de vínculos feministas. Al escribir estas palabras, revivo la urgencia que tuve de registrar mis sentipensares porque quedaban al descubierto las heridas que modelaron mi cuerpo, las cicatrices que llevo como huellas.

A través de las emociones, el pasado persiste en la superficie de los cuerpos. Las emociones nos muestran cómo se mantienen vivas las historias, incluso cuando no se recuerdan de manera consciente. El tiempo de la emoción no se refiere siempre al pasado, y a como este se queda pegado. Las emociones también abren futuros, por las maneras en que implican diferentes orientaciones hacia los otros. Toma tiempo saber lo que podemos hacer con la emoción (...) (Ahmed, 2015, p. 304).



Imagen 2: archivo propio. Collage “Sentir el propio camino”, por Gabriela A. Ramos

Bibliografía

- Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.
- Fassin, Éric. (2012). La democracia sexual y el choque de civilizaciones. *Revista Mora*, 18(1), 1-10.

Ramos, Gabriela A. (julio de 2025). “Estallidos de la voz”. En homenaje a David [ponencia]. *XVI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y XI Congreso Iberoamericano de Estudios de Género. “Saberes, diálogos e interpelaciones para navegar en tiempos de incertidumbres”*. Rosario, Argentina.

Souto, Marta. (2016). *Pliegues de la formación. Sentidos y herramientas para la formación docente*. Rosario: HomoSapiens.

Bitácora de una Mujer Menopáusica

Milena Almeida Mariño*

*«Todo esto no tiene ningún sentido.
No puedo aguantar más.
No puedo seguir adelante.
No quiero seguir adelante».*

*Volvió a recorrer con la vista los objetos de la casa.
Nada de lo que había allí era suyo. Del mismo modo
que su vida no había sido nunca su vida.*

Han Kang, LaVegetariana, 2024

La sangre tiene un olor desagradable, a veces incluso repugnante; se coagula y despierta en mí un profundo asco, tanto hacia mi propia sangre como hacia la de los demás. Ahora, a mis 53 años, he dejado de menstruar, la sangre ya no está, y se supone que debería sentirme feliz.

¿Por qué hablo de la sangre? Porque quiero compartir, desde mi experiencia personal, cómo ha sido vivir la menopausia a partir de una reflexión basada en la política cultural de las emociones de Sara Ahmed (2015). Me interesa politizar mis sentimientos de repugnancia y vergüenza. Lo que sigue es una bitácora narrada en cinco días, un espacio de reflexión que entrelaza mis pensamientos, las lecturas de Ahmed y una introspección compartida.

Día 1: La lectura de Sara Ahmed y el olor como reflejo sensorial

Sara Ahmed (2015) explica que la repugnancia es un afecto performativo que surge en la proximidad o contacto con algo percibido como ajeno o amenazante. No es solo una emoción interna, sino que “hace un trabajo” sobre los cuerpos, transformando su superficie y generando una reacción física de rechazo, como náuseas o arcadas. En mi caso, la incomodidad hacia la sangre —sobre todo la mía— comenzó a los 13 años, con la primera menstruación; lloré porque no quería crecer y me angustiaba cómo ocultar ese cambio. Esta experiencia conecta con la idea de Ahmed sobre cómo la repugnancia se activa frente a algo que se siente extraño y amenaza la integridad propia, además de convivir con el juicio social sobre lo que debe mantenerse oculto o limpio. Así, la repugnancia puede entenderse también como un efecto político y cultural que moldea nuestra relación con el cuerpo y las emociones que este nos provoca.

Pero al pensar en lo que me repugna, me cuestioné sobre mis propios olores. Los rechazos, quiero esconderlos; he frenado abrazos y besos porque, viviendo la menopausia, paso horas en la ducha, pero al poco tiempo reaparece un olor ácido. He leído cientos de consejos para

* Universidad Central del Ecuador, Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

combatir esos olores con pastillas que regulan hormonas, como si fueran un problema para resolver en lugar de una parte natural de esta etapa y de mi edad.

Día 2: ¿Quiero actualmente mi cuerpo?

Nunca hubo una conversación clara en mi casa ni en mi círculo cercano sobre lo que estaba pasando con mi cuerpo. Recuerdo a mis compañeras riéndose y preguntándose si "ya le había llegado", como si fuera un secreto prohibido. Estábamos atrapadas en una jerarquía patriarcal que marcaba nuestras vidas, con prejuicios y sin información real sobre el sangrado menstrual. Para algunas, la preocupación con el tiempo fue -no menstruar-, por miedo a un embarazo temprano.

Esa falta de diálogo nos mantenía en silencio y nos impedía cuestionar la violencia a nuestro alrededor. Recuerdo que nunca hablamos del tema de la violación ni de cómo esos actos violentos estaban naturalizados en códigos simbólicos. Algunas compañeras decían que la ruptura del himen había sido por un golpe o un salto; años después entendí que era violencia sexual.

El poder patriarcal colonizó nuestros cuerpos desde niñas, imponiendo reglas sobre cómo vestir, guardar el cuerpo, pensar, sentir y actuar. Todo era control, como si el cuerpo no nos perteneciera. Empecé esta bitácora con un epígrafe de la novela "La vegetariana" de Hang Kang donde una mujer deja de comer carne por repulsión, por asco, veo un paralelo: la carne simboliza violencia, control y dominación patriarcal. Rechazarla es un acto de resistencia física, emocional y espiritual que desafía lo impuesto.

Entonces me pregunto: ¿cuándo dejé de querer a mi cuerpo? Como la vegetariana que en sus pesadillas teme la violencia y la sangre, ese miedo se vuelve aliento frente al temor social del envejecimiento y a esos olores que despiertan recuerdos y temores.

No quiero a mi cuerpo...

La cultura occidental ha tendido a negar el cuerpo, y en especial el cuerpo femenino, considerado como goteante, líquido y húmedo —elementos que lo dotan de una valoración problemática, como algo que debe ser solucionado. (Gómez y Marco, 2020)

Día 3: Se acabó la menstruación, empezó la menopausia

Las emociones son biológicas y culturales, construidas en cada persona y en sociedad según valores, creencias e intereses. Se focalizan en el sistema del cuerpo y el cerebro, conectados con la socialización y la experiencia. Mi cuerpo siente dolor, porque hay intencionalidad en cómo nos han enseñado a reconocernos. He mencionado "enfermedad" o "indisposición" para hablar de la menstruación, usando eufemismos que evitan nombrar nuestro cuerpo, por un acuerdo social que nombra y regula la experiencia. Esto me lleva nuevamente a pensar en la suciedad, en sentirme sucia.

Día 4: Exclusión común

En este cuarto día de la bitácora, estoy pensando en la idea de comunidad y exclusión común, reconociéndome como alguien que ha construido defensas frente a esta exclusión. Anna Freixas (2007) señala cómo el miedo a la decadencia del envejecimiento nos aprisiona. Ya no existe el olor ferroso, ahora es un olor que podría describirse como "olor a pez". Este olor influye en el

atractivo: con las arrugas y el pelo cano, siento que dejo de ser atractiva físicamente, y tampoco en mis olores. Hay miles de consejos para rejuvenecer, pero poco se habla del envejecimiento natural, de cómo enfrentar el sofoco o la inquietud que a veces produce el sudor. La industria vende la eterna juventud a través de desodorantes, pastillas, parches y promesas anti envejecimiento.

Las campañas publicitarias, no me hablan del cuidado, una vez más el ocultamiento.



Imagen1. Farmatodo. (s.f.). Mal olor vaginal. Recuperado, 18/10/2025, <https://www.farmatodo.com.co/blog/mal-olor-vaginal.html>

Mi compromiso es envejecer femenino... con dignidad y sin temor.

Día 5: Nuevas formas de comprender mi cuerpo

Las emociones circulan entre cuerpos; combinan cognición y sensación, atravesadas por juicios, valores, historias culturales y recuerdos. Se mueven hacia el mundo y los otros, y también se imponen desde fuera. Son individuales y sociales, circulan, contagian, vinculando y nombrando; son performativas y las historias vividas generan afectos y afectan (Ahmed 2015). Requiero, un círculo de compañeras, de amigas con experiencias similares, en rastrear memorias comunes sobre cómo el patriarcado se internalizó en mi cuerpo y en lo difícil que es separar la carga cultural y la “pegajosidad” de la que he sido parte. Las prácticas de cuidado son importantes para permitirme sentirme bien: el agua medicinal para evitar dolores, las conversaciones, darnos el espacio de rastrear las formas de opresión. Dejar de pensar en suciedad o cuerpos impuros, para pensar en cuerpos sintientes y en cuerpos que pueden ser amados, más bien dicho en un cuerpo que lo ame y lo cuide.

Quito, 9 de septiembre de 2025

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Freixas, Anna (2007). *Nuestra menopausia. Una versión no oficial*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Gómez, Emma y Marco, Elisabet (2020). Desafiando las reglas: articulaciones políticas del activismo menstrual. *Revista Española De Sociología*, 29(3 - Sup1), 155–170.
<https://doi.org/10.22325/fes/res.2020.62>

Han, Kang (2024). *La vegetariana* (Sunme Yoon, Trad.). Barcelona: Random House. (Obra original publicada en 2007)

Después del miedo, ¿solo hay vida!

Bitácora

Mariana Elizabeth Alvear Montenegro*¹

"¡Mira un negro!" Fue un estímulo externo como si me hubieran dado un golpecito al pasar. Sonreí tiesamente.
"¡Mira, un negro!" Era verdad. Me divertí.
"¡Mira, un negro!" El círculo estaba apretando cada vez más.
Dejé ver que me estaba divirtiendo.
"¡Mamá, ve al negro! ¡Me da miedo! ¡Miedo! ¡Miedo!" Ahora empezaban a asustarse de mí. Me convencí de que me reiría hasta las lágrimas, pero la risa se había vuelto imposible (Fanon, 1986, pp. 111 - 112).

Esta cita con la que Ahmed abre el capítulo tres sobre *La política afectiva del miedo*, se pregunta: ¿Qué nos asusta? ¿Quién se asusta de quién?, estas preguntas que parecerían cotidianas, ingenuas y hasta vanas, tienen una potencia y profundidad absoluta cuando nos detenemos un momento a mirar nuestro alrededor, quizá cuando caminamos por la calle, cuando vamos en transporte público, cuando escogemos las amistades, el lugar donde se quiere vivir o cómo queremos que sea nuestra vida, familia y futuro. Al menos a mí, personalmente me interpeló profundamente y me llevó a pensar en pasajes de mi vida. Ahmed dice que

el temor significado mediante el lenguaje y por el cuerpo blanco no comienza y termina ahí nada más: más bien el miedo funciona a través y sobre los cuerpos de quienes se ven transformados en sus sujetos, así como en sus objetos (2015, p. 105).

Entonces parafraseando a Ahmed, me surgió la pregunta ¿He sentido alguna vez a mi cuerpo como imposible o inhabitable? La respuesta removió emociones, recuerdos que de inmediato hicieron click con mi vida actual, es decir fue un recorrido de 39 años que dieron sentido a la frase de Ahmed: "El miedo funciona para asegurar la relación entre esos cuerpos; los reúne y los separa mediante los estremecimientos que se sienten en la piel, en la superficie que emerge a través del encuentro." (2015, p. 106).

Sin embargo, esa forma de relacionarnos no solo está en la dimensión social colectiva, sino que inicialmente está con una misma, y me atrevería a decir, que los primeros años de vida son los más importantes para generar una relación sana/saludable con nuestro propio cuerpo a partir de lo que vemos, aprendemos, escuchamos y sentimos en el núcleo familiar.

* Universidad Central del Ecuador, Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

¹ Comunicadora Social por la Universidad Central del Ecuador. Magister en Estudios de la Cultura por la Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador (2013), docente investigadora en la Universidad Central del Ecuador desde 2014, integrante del GT CLACSO Universidades y Despatriarcalización 2023-2025, integrante de la Red de Geografías y Epistemologías Feministas del Sur Global (2024). Madre desobediente de Camilo José.



Imagen 1 y 2: Fotografías propias del álbum familiar durante los años noventa.

“mamá, el negro me va a comer” (Fanon, 1986: 113- 114)

Esta niña, piel color de la tierra, ojitos de capulí, pelo ensortijado (aunque no se vea bien en las fotografías) es la niña que vive en mi interior y la que se sintió increpada a lo largo de la lectura de Ahmed. Esta niña creció por fuera y ahora se convirtió en madre de otro pequeño color de canela y ojitos color de tierra. Es esta niña la que abraza y acurruca ahora a Camilo José, le canta y le susurra cuentos en los que la naturaleza, los colores, las vidas otras son las protagonistas y así ahuyenta el miedo de mirarse al espejo y sentirse negro, café, rojo, amarillo, oliváceo, anaranjado, púrpura o de cualquier color.

Ahmed dice que “el miedo funciona como una tecnología de gobernanza” (2015, p 119), esta frase es en absoluto relevante cuando se trabaja con la memoria, y al hurgar en mi propia memoria de vida, resulta que fui visitando escenas familiares en las que con frecuencia escuchaba a papá o a mamá decir que había que “mejorar la raza”, cuando preguntaba a qué se referían me explicaban con absoluta certeza que había que juntarse con otras personas “más blancas y de mejor posición económica” que nosotros, que solo eso podría asegurar una mejor condición de vida.

En la infancia no lo entendía, sin embargo, la mirada hacia los otros “diferentes”, más “morenos”, más “indios” se fue construyendo desde el miedo, el odio, el rechazo, incluso desde esa lógica católica desde el pecado y el infierno que ellos, los otros más oscuros representaban.

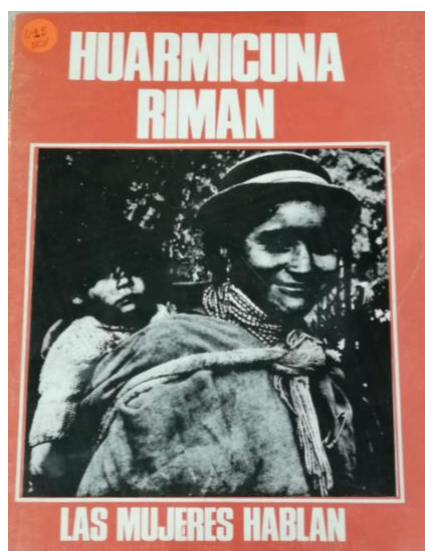


Imagen 3: Fotografía tomada de la Exposición “Quito: Geografía de la protesta. Movimientos sociales y repertorios (1971-1983)”, agosto 2025.

Tener la posibilidad de acceder a la universidad, realmente me cambió la vida, pues me llevó a crisis existenciales gracias a las cuales pude mirarme al espejo sin despreciar mi cuerpo, mi piel, mis pensamientos, mis deseos y anhelos. Entendí que el control sobre la mente conecta con el control sobre los cuerpos y cómo esto determina la posibilidad de habitar espacios físicos como la ciudad, las calles, las escuelas, el transporte público hasta descender a la familia y los roles que se nos asignan y se reproducen históricamente. La mujer de la imagen 3, una mujer indígena con un guagua (niño) en su espalda, como portada de una revista de los años ochenta en una sala de exposiciones del Centro Cultural Metropolitano en 2025, este cuerpo y otros, por siglos estuvieron gobernados y administrados bajo la lógica del rechazo, que, en palabras de Ahmed, coincidiría con que “las emociones funcionan para alinear el espacio corporal con el espacio social” (2015, p. 115)

Cuerpos que temen

Desde estas reflexiones, las experiencias de vida, el contexto sociocultural, así como las narrativas naturalizadas impactan sobre la mirada hacia los “otros”, recuerdo lo que explica Silvia Federici en su texto *Calibán y la Bruja* sobre la mirada de los colonizadores blancos, europeos hacia los nativos del “nuevo mundo” y esa imagen monstruosa que se convirtió en arma discursiva para sostener el exterminio material y simbólico de los otros. Para Federici “no resulta sorprendente que «caníbal», «infiel», «bárbaro», «razas monstruosas» y «adorador del Diablo» fueran «modelos etnográficos» con los que los europeos «presentaron la nueva era de expansión».” (2010, p. 290).

Articulando las reflexiones de Federici y Ahmed puedo advertir que, como lo indica Sara Ahmed, “(...) el miedo es una experiencia corporizada; crea el efecto mismo de las superficies de los cuerpos” (2015, p. 114). Entonces los cuerpos a nivel individual y colectivo no son más que el resultado de las experiencias históricas de un yo y un nosotros, cuando era niña miraba con recelo a esos otros que a decir de mis padres y del resto de la sociedad eran peligrosos, extraños y se los debía repudiar.

(...) Esta es una dimensión importante de la política espacial del miedo: la pérdida del objeto de miedo transforma al mundo mismo en un espacio de peligro potencial, un

espacio que se anticipa como daño o herida en la superficie del cuerpo que teme. (Ahmed, 2015, p. 115)

Ahora, con una vida en mis manos y que aún depende de mí para acercarse y conocer el mundo la frase de Ahmed “el miedo funciona para restringir a ciertos cuerpos a través del movimiento o expansión de otros.” (2015, p. 116), advierto que el miedo como construcción sociocultural e histórica, también se transmite desde esa memoria genética, sin embargo, la posibilidad de reconstruir las/nuestras historias de vida también hallan asidero en las formas de narrar y narrarnos en el presente desde la sanación de nuestros pasados.



Imagen 4: Fotografía tomada entre marzo-abril de 2025 en el parque metropolitano La Armenia en la sesión de lectura de las cartas de las madres y familias buscadoras de México



Imagen 5: Fotografía tomada en la marcha del 8M de 2025 en Quito, Centro Histórico.



Imagen 6: Fotografía tomada en la marcha del 8M de 2025 en Quito, Centro Histórico.

Finalmente, así como Ahmed transita por diversas emociones atravesadas por el miedo, el odio, el repudio, personalmente, y antes de conocerla y leerla, pude caminar por cada una de esas emociones durante años, mientras revisaba su texto en el círculo de lectura pude revivir ese camino, lo maravilloso fue que ahora lo hice con otras mujeres, compañeras, amigas y entonces el tránsito fue más ligero, doloroso al fin pues trabajar la memoria tiene esos riesgos, sin embargo esperanzador, criar a un niño desde otras sensibilidades, afectos y realidades me resulta profundamente inspirador, sin romantizar en absoluto la maternidad y más aún en solitario. Las imágenes 4, 5 y 6 representan para mí la posibilidad de sentir y expresar el miedo desde la ternura, que, aunque suene paradójico, me significan potencia y vitalidad.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Federici, Silvia. (2010). *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Ediciones Traficantes de sueños

Siento, luego existo, luego pienso, luego actúo

Julieta Evangelina Cano*

“Las emociones involucran diferentes movimientos de acercamiento a y alejamiento de otras personas, de tal manera que definen los contornos del espacio tanto social como corporal”

Sara Ahmed, La política cultural de las emociones, p. 315.

Estupor, indignación

Cuando en enero de este año trascendió que, en el Foro Económico Mundial de Davos, el presidente Javier Milei vinculó a la militancia feminista y LGTBIQ+ con la pedofilia me quedé tiesa. En otras circunstancias no perdería el tiempo en escuchar, ni en analizar, un discurso repleto de afirmaciones falsas y despojado de datos científicos. Pero hubo dos cuestiones que aparecieron como alertas: que lo haya dicho un presidente -de un país que va a la vanguardia legislativa en el reconocimiento y ampliación de derechos de las mujeres y disidencias sexuales- y en un espacio internacional que no tiene por objeto principal discutir esas posturas. ¿Por qué el Ejecutivo usaría ese auditorio para compartir sus arcaicas ideas sobre la sexualidad y las relaciones interpersonales?

A la indignación le siguió la preocupación: ¿cómo trabajar estos temas en la Universidad Pública cuando desde las altas esferas del poder demonizan a los feminismos y sus luchas? Esta estrategia de vincular las causas de los feminismos a la violencia sexual contra niños y niñas busca linkear una causa (la militancia feminista) a otra con mayor consenso social (la lucha contra la pedofilia) lo puede ser resultar muy efectivo para distorsionar el imaginario social.

Odio, amor, temor

El odio se construye, y sus discursos performáticos proponen el paso a la acción. El odio deja heridas en las subjetividades, que cuando se convierten en cicatrices integran el testimonio de las consecuencias de la praxis de odio. El odio, presentado como amor, aglutina a algunos/as en contra de otros, otras y otros, y legitima la exclusión y también el exterminio (Ahmed, 2015). El miedo, generado por estos grupos de odio que se autoperciben defensores amorosos de la sociedad, diseña formas de circulación por el espacio público, y performa las cercanías y distancias entre las personas (Ahmed, 2015). Las ultraderechas gobiernan a través del miedo construido -que deriva en odio-, para aglutinar a la población en un consenso excluyente. Los cuerpos que temen, diría Ahmed (2015), intentan no ocupar espacio. Se tergiversan los hechos: los victimarios se presentan como víctimas y a quienes están en verdadero peligro se les intenta quitar la voz.

Reacción

* Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Instituto Universitario de la Policía Federal Argentina (IUPFA). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

Asumí que la Universidad podría volverse un espacio *poco comfortable* (Ahmed, 2015) para abordar estos temas. Pero el silencio no era -ni es- opción. Porque el silencio oculta el signo de injusticia (Ahmed, 2015). Pero, además, porque la multitudinaria *Marcha Federal del Orgullo Antifascista, Antirracista, LGTBINBQ+* del 1F demostró que en la arena pública se disputan los sentidos de los significantes, y que la postura del gobierno es peligrosa, pero no es hegemónica.

La Marcha fue una respuesta a los discursos de odio que pretenden colonizar el sentir y performar las distancias entre las personas. El “movimiento antigénero” que compone la reacción patriarcal que encarnan las nuevas derechas en occidente (Butler, 2024) pretende legitimar el “antifeminismo de Estado” (Gago, 2024) que no es sólo discursivo, sino que afecta a la materialidad de la vida. De hecho, según un informe del Observatorio Nacional de Crímenes de Odio LGBTI publicado en julio “*Los crímenes de odio contra la comunidad LGTBI en Argentina aumentaron 70% en la primera mitad de 2025. El 70,6% de los casos (72) los sufrieron mujeres trans, el 16,7% (17) fueron contra varones gay cis y en el 6,9% (7) de los episodios, lesbianas fueron objeto de violencia*” (2025, s/n). Observé como la indignación movió a la acción, y convocó a otros actores y actoras hasta el momento indiferentes.

¿Qué hacer?

¿Cómo llegamos hasta acá? ¿Cómo es este presente posible? Claramente, no es fruto de azar. Parece que estamos gobernados/as por las emociones de algunos, pero lo cierto es que es una estrategia la de usar la economía de las emociones, que circulan, que se pegan a los objetos (Ahmed, 2015), a favor de la retórica del patriarcado neoliberal. La ultraderecha es muy efectiva movilizand, *haciendo mover*, las emociones a su favor.

¿Qué tiene que ver la Universidad con esto? TODO. La Universidad Pública es un espacio que tiene que afianzar las dinámicas democráticas. Observo que lo mismo que hacen los grupos odiantes con el amor -intentar apropiárselo para su causa- lo hacen con el significante Libertad. Todos/as queremos al amor y la libertad de nuestro lado ¿o no? ¿Qué hacer con estos discursos en el aula? Estos grupos reaccionarios pretenden apropiarse de nuestras banderas, pero no hay que dejarlos. Hay que disputar el significante, como hacen ellos con nosotras. El aula es un espacio para ello. La calle, el otro.

Ser arquitectas de un espacio que permita habitar la otredad en tanto tal, ya es disruptivo. Construir confort variado para alojar mujeres feministas y LGTBIQ+ en el aula constituye un cuestionamiento explícito a un modelo cis-heteronormativo que quieren re-implantar como consenso social. Hay que insistir con generar y conservar espacios de audibilidad, y crear las condiciones para desarmar mentiras, presentadas como verdades, que sólo buscan homogeneizar, expulsar, silenciar y desmovilizar. Como plantea Ahmed: “*La esperanza de la política queer es que acercarnos más a otros y otras, a quienes se nos ha prohibido acercarnos, también podría darnos maneras distintas de vivir con otras personas*” (2015, p. 254). Este contexto es un (nuevo) llamado a la acción desde los lugares, más o menos pequeños, que ocupamos.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Butler, Judith (2024). *¿Quién le teme al género?* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.

EFE. (25 de julio de 2025). Los crímenes de odio contra la comunidad LGTBI en Argentina aumentaron 70 % en la primera mitad de 2025. *elDiarioAR*. https://www.eldiarioar.com/sociedad/crimenes-odio-comunidad-lgtbi-argentina-aumentaron-70-primer-mitad-2025_1_12492430.html

Gago, Verónica (2024). *Antifeminismo de Estado* [Podcast]. En *Los monstruos andan sueltos. Un podcast sobre nuestras derechas*. Producido por CLACSO y DiarioAr. <https://www.clacso.org/antifeminismo-de-estado-veronica-gago/>

Vínculos por una sociología feminista

Yenny Carolina Ramirez*



Imagen 1: fuente propia. Mural de mujeres sociólogas Edificio Orlando Fals Borda. Universidad Nacional de Colombia, 2025.

En el año 2004 cursaba mi octava matrícula en la carrera de sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Desde la Maestría en sociología, se promocionaba el afiche promocional de la convocatoria para una nueva cohorte. De esquina a esquina, el cartel estaba compuesto por la imagen de los autores referentes de la disciplina. Junto a la sagrada trinidad de Durkheim, Marx y Weber, se incluyeron a los colombianos Mesa, Torres y Fals Borda. Debo admitir, que no me despertó sorpresa verlo, de hecho, me gustó y me pareció un orgullo identificar en la pieza a todos los autores de mi disciplina. Aunque me encontraba a la mitad del camino de formación como socióloga, no me sorprendí con esa imagen, ni me cuestioné la norma social que expresaba.

Al año siguiente, la profesora Luz Gabriela Arango del Departamento de la Universidad Nacional fue invitada a hacer una conferencia en la Universidad del Valle, Colombia. En la charla, Luz Gabriela hizo una intervención inspirada por las reflexiones que le generó este afiche, que tituló ¿Tiene sexo la sociología? En la conferencia, la profesora cuestionaba la masculinización de la disciplina en sus contenidos y métodos. Retomaba la obra de Patricia Lengermann y Gilian Niebrugge (2019) y hacía referencia al borrado de las mujeres de la sociología, quienes habían estado presentes desde el tiempo de fundación de la disciplina. Yo leí este trabajo de Luz Gabriela, diez años después, aunque fue mi profesora, este tipo de cuestionamientos no tuvieron espacio en el Departamento.

Esta experiencia volvió a mis recuerdos cuando revisé el capítulo de los vínculos feministas de Sarah Ahmed en *La política cultural de las emociones*. La autora nos dice que:

* Universidad Nacional de Colombia, Colombia. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

(...) el asombro nos permite ver las superficies del mundo como construidas y, como tal, el asombro abre la historicidad, más que suspenderla. La historicidad es lo que queda oculto por la transformación del mundo en "lo ordinario", en algo que ya es familiar o reconocible. (Ahmed, 2015, p.272).

A mí me tomó años ver la forma sexuada en la que se había construido la historia de mi disciplina. Aunque había tenido en el departamento en el que estudié a una profesora pionera y visionaria en su crítica, no tuve la oportunidad de escucharla, ella era una socióloga marginal en un lugar masculinizado.

Ahmed nos señala que el asombro implica aprender “cómo el mundo llegó a ser cómo es”. Cuando revisé el libro de “Fundadoras de la sociología y la teoría social” y descubrí que hubo tantas mujeres que hablaron de sociología, aportaron métodos y técnicas, y fueron centrales en los foros públicos de su época surgió en mí un gran desconcierto, al que aún no logro dar completa respuesta. Cómo fueron excluidas de la historia de la sociología Harriet Martineau, Marianne Schnitger o Jane Addams, única socióloga premio nobel de la paz. ¿Qué hizo posible que estudiemos sociología sin conocer nada de su legado? Lengermann y Niebrugge (2019) nos proponen comprenderlo desde unas políticas de conocimiento y de género que determinaron como norma para la sociología, una ciencia neutral, universal y hecha por varones. La labor comprometida, situada y cercana a las personas quedó relegada al trabajo social. Las temáticas de la familia, las niñeces, las emociones, el cuerpo y la naturaleza no hacían parte de la sociología que se ocupaba de los “grandes problemas”.

Como nos propone Ahmed, el sofá de la sociología me resultó cada vez más incómodo, tenía que moverme de diferentes formas para lograr ubicarme en él y me encontré con otras compañeras que compartían esa incomodidad. Desde nuestros espacios universitarios decidimos adentrarnos en la historicidad de la sociología, pero no cualquier historicidad, una feminista, que desempolvase el aporte a la sociología de mujeres, disidencias sexuales y cuerpos diversos. La fotografía con la que inicia este escrito surgió de la incomodidad compartida con las estudiantes del Comité de género del Departamento de sociología de la Universidad Nacional de Colombia, quienes decidieron hacer una nueva versión del afiche en el que las protagonistas fueran las sociólogas borradas por el canon.

En el marco de la última conferencia CLACSO fue muy emocionante tener a Selene Aldana y Angela Bacca presentando en la clase de Sociología del género su trabajo “La sociología, esa ciencia fundada por una mujer sorda”, en la que recuperan la obra de Harriet Martineau, quien con su trompetilla logró escuchar con detenimiento la voz de diversidad de personas que habitaban en los Estados Unidos y ofrecernos tempranamente un método basado en la empatía, la escucha y la crítica del orden social.

Con Eliana Debia, Selene Aldana, Elisa Sierra y Olga Sabido hemos tejido vínculos feministas que buscan aperturas en la sociología. Nos dice Ahmed que esta apertura implica “hacer el trabajo de enseñar, protestar, nombrar, sentir y conectar con otros” (2015, p. 285). Para mí ha sido muy importante conectar con ellas y con el GT de Universidades y Despatriarcalización, gracias a nuestros lazos afectivos y académicos he podido encontrar caminos para recrear mi forma de hacer y vivir la academia, de encontrarme con les estudiantes de otras maneras más honestas, horizontales y sentidas. De animarnos a dudar juntas y navegar el camino de la formación como sociologues de manera colectiva.

La esperanza que anima los vínculos feministas con mujeres del pasado y del presente me ha despertado un gran interés por la especulación feminista y por la utopía, por apostar por otros

futuros posibles, por la creatividad y la insistencia en buscar formas diferentes de relacionarnos. Esta esperanza resonó hace algunos días con la pieza cerámica “Persiguiendo la utopía” de la artista Verónica Trujillo que tuve la oportunidad de apreciar en la exposición Feminíridas.



Imagen 2: fotografía propia. “Persiguiendo la utopía”. Exposición Feminíridas de Verónica Trujillo. 2025

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Lengermann, Patricia M. y Niebrugge, Gilian (2019). *Fundadoras de la Sociología y la teoría social* (1830-1930). Madrid: CIS

.

Territorios del dolor y (re)existencias desde la alegre rebeldía

Zaida Almeida Gordón*

3 / Abril / 2025 90

HOLA

MI NOMBRE ES ALISA CUEVAS TENGO 54 AÑOS, SOY VIUDA HACE 12 AÑOS, MADRE DE 3 VARONES Y DOS NIJAS.

ACTUALMENTE PERTENEZCO Y SOY FUNDADORA DE UNA ESCUELA QUE SE LLAMA "ABRAZANDO CORAZONES" ES UNA ESCUELA QUE SE DEDICA A ACOMPAÑAR A FAMILIAS CON UN SER QUEDADO DESAPARECIDO. SE FUDO A RAIZ DE TANTAS PERSONAS QUE HAN SIDO VICTIMAS DE DESAPARICION, YO SOY VICTIMA INDIRECTA POR TENER DOS HIJOS VICTIMAS DE DESAPARICION. EDGAR QUE ME LO DESAPARECIERON EL 20 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 2017 Y CHARLY QUE ME LO DESAPARECIERON EL 20 DE MAYO DEL AÑO 2023, JUNTO CON OTROS 7 COMPAÑEROS DE TRABAJO ACA SE LE CONOCIO COMO "CASO CAUCENTER".

CUANDO PASA LA DESAPARICION DE MI SEGUNDO HIJO YA ME VENIA LOCA Y DESPERADA POR ENCONTRARLO, NOS UNIMOS LAS FAMILIAS DE LOS OTROS CHICOS Y COMENZAMOS A PRESIONAR AL GOBIERNO.

Imagen 1: archivo propio. Fragmento de la carta de Alisa Cuevas-Madre buscadora de Jalisco-Mx.

Hace un par de meses mi amiga Ma. Fernanda Solórzano, me contó que el ejercicio de las cartas efectuado en la primera boletina había resonado con el trabajo que estaban realizando sus colegas en México, de tal forma que, su compañera Olivia desde su experiencia venía haciendo talleres autoetnográficos con las familias buscadoras de Jalisco-México. Así propició un proceso epistolar entre las familias y nosotras las profas de Ecuador. Entonces, cuando llegaron las cartas, sentimos la necesidad de leerlas juntas, para ello generamos un espacio de encuentro seguro fuera de la Universidad, para recibir, leer y honrar esos textos.

Pero ¿qué era todo lo que nos contaban cada una de esas mujeres?

Hablaban de sus cotidianidades y de su vínculo al identificarse como *hermanas de dolor*. Una vez que las leímos, Mafer, Marianita, Mile, Naty y yo, solo supimos llorar y sostenernos. Al mismo tiempo, a los pocos días comenzamos con los círculos de lectura en el GT CLACSO Universidades y Despatriarcalización. Leer en compañía el texto *La Política cultural de las emociones* de Sara Ahmed fue muy distinta a mis percepciones de haberlo revisado sola. Desde

* Universidad Central del Ecuador, Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

ese primer círculo de la palabra, del encuentro y del sentir, para mí fue inevitable relacionarlo con las cartas de las hermanas mexicanas. En ese momento todo se cruzó en mi vida, las cartas de México, el aumento de la violencia estructural en Ecuador, el texto de Sara Ahmed y mi necesidad de poner el cuerpo a tanta emoción contenida.



Imagen 2. Foto de Natalia Angulo-Primera lectura de las cartas de las familias buscadoras de México

Leer sobre el dolor como una demanda política, producto de una enfermedad sufrida socialmente Ahmed (2015), me invitó a senti-pensar-accionar sobre la pregunta que me ha invadido a largo de estos meses de círculo de lectura.

¿Qué pasa cuando la piel de una sociedad se lastima?

Según un informe del Ministerio del Interior en lo que va del año, 680 personas continúan desaparecidas en Ecuador, su mayoría son mujeres. Hablamos de una piel lastimada que va atravesando países. Seguramente nuestra cercanía y afectación por las familias buscadoras tiene relación directa con la coyuntura ecuatoriana y la narrativa de justificación de estos hechos por parte de los Estados y la estandarización de los discursos, teniendo un efecto pegajoso (Ahmed,2015). El cual según la autora depende de las historias de contacto, a modo de impresión en nuestra piel, pero también en nuestro imaginario social. Así las personas víctimas de desaparición forzada son “cuerpos que no importan”. No le importan al Estado, no le importan a la sociedad, no le importan al barrio, no le importan al vecino, no te importan a ti.

Es decir, la pegajosidad de acuerdo con Ahmed, como elemento para transmitir una herencia social determinada, se vuelve metonímica, como una metáfora de otros elementos que se van adhiriendo, pero al mismo tiempo la pegajosidad como la historia misma es dinámica y cambiante. En un momento pierde el efecto pegajoso, sin embargo, ya transmitió afectos como el odio y/o el amor. Por lo tanto, la pegajosidad que funcionó en nosotras como profas, luego de leer las cartas, fue la búsqueda de una cohesión política afectiva, desde entonces las cartas han recorrido algunos lugares, han sido leídas y sentidas por las estudiantes, por sus madres, por nuestras familias, amigos/as, colectivas.



Imagen 3. Foto de la Colectiva Rebeldes con Causa- “Yuyanik Encuentro de la memoria y la palabra viva 2025”

Igualmente, buscando canalizar el sufrimiento social como manifestación encarnada de los problemas sociales, llegó a mí, el laboratorio corporal de *Des-Archivo* creado por Artemisadanza, al sentirme muy convocada por ese espacio, fui con la intención de que las cartas sean las materialidades que me acompañarían en el proceso autoetnográfico-performativo, como dispositivo para sanar mis miedos personales-colectivos. De esta forma con las compañeras de la danza y de la vida personal y universitaria como Mafer, logramos propiciar lo que Sara Ahmed denomina la “atmósfera afectiva” en la cual la performance era el foco de liberación de estas emociones conjugadas (dolor, miedo, digna rabia y rebelde alegría). Así mismo, en este proceso fue naciendo mi necesidad de sentirme acompañada por mis colegas y amigas de la Facultad, así que invité a Natalia, Milena, Mariana para grabar audios de sus voces leyendo las cartas de las familias buscadoras, luego a este proceso de lectura y conexión con el dolor social, se sumaron Arturo y Jorge. Estos audios se convirtieron en los disparadores del proceso estético, político, corporal y colectivo que estábamos realizando en el laboratorio.

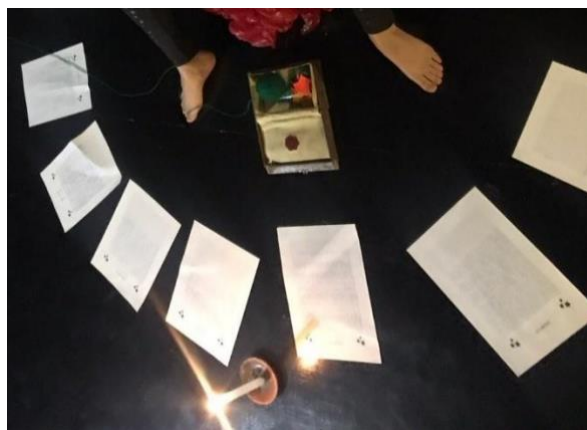
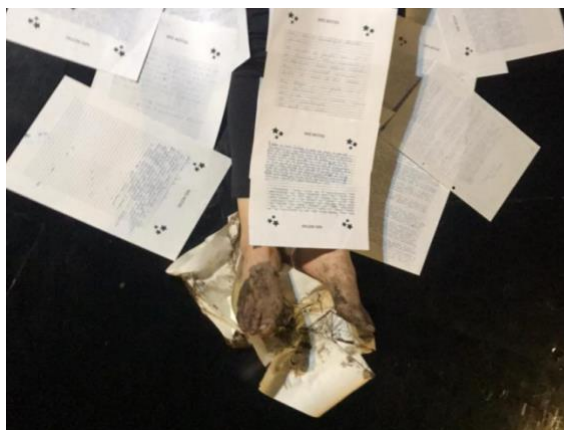


Imagen 4 y 5. Fotos de Artemisa danza-Laboratorio de “Des-Archivo”

Con lo cual, la performance a lo largo del laboratorio se convirtió en un ejercicio poético de resistencia, de rebeldía y sobre todo de repudio. El sentimiento de repugnancia puede ser también un elemento en una política que busca cuestionar *lo que es* (Ahmed, 2015, p.158).



Imagen 6. Foto de Geovanny Heredia. Performance: “Des-Archivo documental *Huitaca*. Nuestra piel el lienzo para responder las 37 cartas de las familias buscadoras”

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.

Laboratorio afectivo. Las apuestas de las clases de género en la Facultad de Psicología de la UNAM

Tania Jimena Hernández Crespo*

La rabia hijo zapato de tierra,
La rabia dame o te hago la guerra,
La rabia todo tiene su momento,
La rabia el grito se lo lleva el viento,
La rabia el oro sobre la conciencia,
La rabia coño paciencia paciencia.

La rabia es mi vocación...

Silvio Rodríguez

Como mujer me he situado durante toda mi vida en el terreno de los afectos y emociones, por un lado, porque fui socializada para su exploración y su vivencia y por el otro por que encontré la potencia del encuentro y de la afectación. Toda mi vida fui catalogada como muy sensible, amorosa y tierna. Me caracterizaban como una mujer muy sensible, sentimental a quien las cosas le afectaban “demasiado”. Hace algunos años escuché la noción de ser “intensa” como un calificativo que denostaba la sensibilidad y la reverberancia afectiva de las personas. Siempre me sentí fuera de lugar con mi intensidad. *Sientes demasiado, no puedes dejar que te afecte tanto, no deberías de dejar que te afectara tanto*: todas estas enunciaciones me hicieron pensar que mi sentir era un problema que se debería resolver.

La lectura de Sarah Ahmed (2015) junto con el giro afectivo de los feminismos me ha devuelto un lugar en el mundo. Cuando Ahmed menciona que “las estudiosas feministas y queer nos han mostrado que las emociones “importan” para la política; las emociones nos muestran cómo el poder moldea la superficie misma de los cuerpos y de los mundos también” (2015, p. 38). La lectura colectiva junto con mis compañeras del GT Universidad y despatriarcalización me ha reafirmado la potencia de los afectos en la lucha feminista; la posibilidad de dialogar, conmovernos, reflexionar juntas, sentirpensarnos desde los afectos ha sido un ejercicio conmovedor que intento describir en estas líneas.

Así mismo, la docencia feminista, me ha dado una potencia maravillosa para trabajar en las clases de género de la Facultad de Psicología. Las clases, nuestras clases son un laboratorio afectivo, lleno de juntanzas y acuerpamiento, lleno de emociones y preguntas en los salones de clases. Es importante destacar que nuestras clases surgen del dolor y la rabia. En el 2019, las jóvenes decidieron hacer un paro de actividades en pleno inicio de la pandemia mundial. La Facultad de Psicología se convirtió en un espacio de resonancias de los afectos, las estudiantas se mantuvieron en paro 107 días. El dolor de ellas, como dice Ahmed fue un discurso público, en donde “el dolor de los otros se evoca continuamente en el discurso público, como algo que requiere una respuesta colectiva e individual” (2015, p. 47). El dolor que ha producido en

* Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México, México. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

nuestra vida el patriarcado fue convocado por estas jóvenes y pusieron a cimbrar la política universitaria.

Fue el dolor y la rabia las que las hizo movilizarse, fue la indolencia institucional y la doble indignación ante las violencias que las llevó a mantenerse juntas desde la rabia y la esperanza. Desde ese lugar surgen nuestras asignaturas de género.



Imagen 1: fotografía de María Ruiz publicada en revista Pie de página, 2020.

Las clases de género desde entonces se han convertido en un laboratorio afectivo. En el espacio trabajamos desde la indignación, la rabia, la esperanza, la alegría, la ternura, el dolor, la desesperanza, el asco, el miedo, entre otros. Las clases de género adquieren su potencia afectiva propia, en donde no sólo revisamos teorías feministas o conceptos de género, sino en sí mismo es un espacio en donde nos colocamos en lo que Ahmed (2015, p. 258) enuncia como el lugar de los feminismos distanciados del pensamiento y la razón identificado con el sujeto masculino y occidental. Nosotras al plagar las clases de emociones y afectos nuestros cuerpos son asociados con la “feminidad y los otros raciales”. Esto es en sí, se trata de un posicionamiento político que hace eco de su origen. En este sentido coincido totalmente con Ahmed, en el sentido en que las emociones son un elemento que contribuye en la politización de los sujetos.

Mi propio nacimiento como feminista, resuena con lo descrito por Sarah Ahmed:

La indignación, la indignación que sentía porque parecía que ser una niña se trataba de lo que no deberías hacer; el dolor, el dolor que sentía como efecto de ciertas formas de violencia; el amor, el amor por mi madre y por todas las mujeres cuya capacidad para dar me ha dado la vida; el asombro, el asombro que sentía ante la manera en que el mundo llegó a estar organizado de la manera en que lo está, un asombro que siente lo ordinario como sorprendente; la alegría, la alegría que sentía cuando comencé a hacer diferentes tipos de conexiones con otros y me di cuenta de que el mundo estaba vivo y podía adoptar nuevas formas; y la esperanza, la esperanza que guía todos los momentos

de negación, y estructura el deseo de cambio con el temblor que lo acompaña cuando el futuro se abre, como una apertura hacia lo que es posible. (2015, p. 259).

Las clases de género en la Facultad de Psicología resuenan con nuestros nacimientos como feministas. Nuestras estudiantas y estudiantes, abren un proceso afectivo que retiembla en sus subjetividades, en donde la apertura emocional se vuelve la clave del proceso.

Iniciamos nuestras clases convocando nuestras indignaciones, y en algunas clases salimos rabiosas, en otras adoloridas, en otras esperanzadas, en otras lloramos juntas y juntos y nos abrazamos, en otras es la ternura la que nos compone y sostiene ante la crueldad y el horror, en otras nos asombramos de nuestros errores y complicidades con un sistema que engendra odio, en otras nos horrorizamos de las propias inacciones. Reímos, dialogamos, nos movemos y nos comprometemos a no ser cómplices del patriarcado.

Gestamos y florecemos juntas, juntas y juntos desde nuestros afectos acompañados por nuestras ancestras y la lucha de las mujeres por la vida. Nos animamos a sentir, a construir nuestro laboratorio afectivo y a que la experiencia de “la clase de género” nos acompañe toda la vida como una apuesta colectiva por hacer de este mundo, un mundo mejor.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México, PUEG-UNAM.

Ruiz, María (22 de mayo de 2020). Alumnas entregan instalaciones de Psicología tras 107 días de paro. *Pie de Página*, Sección Mujeres. <https://piedepagina.mx/alumnas-entregan-instalaciones-de-psicologia-tras-107-de-paro/>

Provocaciones afectivas: reflexiones a partir de las lecturas circulares de Sara Ahmed

Estefanía Ferraro Pettignano*

“La enseñanza feminista (y no sólo enseñar feminismo), comienza con esta apertura, esta pausa o titubeo, que se niega a permitir que lo que se da por sentado, se otorgue.”

(Sara Ahmed, 2015, p. 276)

Simultáneamente al círculo de lectura de Sara Ahmed (2015), me estaba haciendo algunas preguntas en torno a mis prácticas pedagógicas. De varios interrogantes que me atravesaban, rescato para esta escritura dos: *¿cómo me ven? ¿Cómo me sienten les estudiantes que acompaño en el espacio de cátedra que doy en la Universidad?* Fue tan consonante y resonante este círculo y este proceso de auto revisión, me conmoví tanto corporalmente, que incluso evoqué algunas epifanías emocionales “basadas en hechos reales”. Me arrojé, entonces, a explorarlas y darles sentido. El sentido emocional que HOY pueden tener para mí, ya que tal como indica Ahmed “el feminismo involucra una respuesta emocional al “mundo”, en el cual la forma de la respuesta implica una reorientación de nuestra relación corporal con las normas sociales” (Ahmed, 2015, p. 259). Este saber corporizado, aproximó coordenadas en forma de recuerdos que me permitieron acercarme y esbozar algunas de estas respuestas emocionales, si es que se precisa una(s) respuesta(s) a todo lo que nos preguntamos.

En la época en la que fui estudiante de la materia que coordino, estuve atravesada por varias emociones, entre ellas, mucho miedo y mucho, mucho enojo. El docente que estaba a cargo ejercía pedagogías del miedo: prácticas violentas y de control en torno al espacio educativo y en torno a los materiales con los que aprendíamos. Este espacio, en el que ahora soy profa y que tiene la “herencia de este docente”, se llama *Historia de la cultura y el teatro universales I* y estudiamos las diversas manifestaciones teatrales en los períodos de: Antigua Grecia, Roma, Edad Media y el Renacimiento. La forma de nombrar ya dice mucho del posicionamiento desde el cual fueron concebidos estos saberes y el espacio curricular en sí¹.

El desafío se me presentó desde el comienzo. Cuando rendí para asumir el cargo, me invadieron muchas dudas y sobre todo contradicciones, porque mi primer contacto con estos saberes fue de una manera bastante condicionada y determinante. Las epifanías vinieron a mostrarme, entre otras cosas, que mis primeros aprendizajes fueron desde el miedo y como bien lo identifica Ahmed, “el miedo implica una anticipación de daño o herida, nos proyecta del presente hacia un futuro (...) la sensación de miedo nos presiona hacia ese futuro como una experiencia corporal intensa en el presente” (2015, p. 109). Es decir, a través de estas epifanías, pude ver, qué tan grande fue esa herida. Sobre todo, cuando me vi condicionada en el presente por eso que había vivido siendo estudiante.

* Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA-CONICET).

¹ Así nombró esta materia el docente con el que estudié. Por supuesto que esto es algo que se ha puesto en debate y será modificado con los futuros cambios de planes de estudio.

Por supuesto que el tiempo me permitió acceder a la materia de otra manera, incluso pude comprobar que algunas heridas ya estaban prontas a sanarse. Aprendí que estos saberes, a pesar de los rastros coloniales, a pesar de las experiencias de poder que los atraviesan... también tienen una gran potencia, la potencia de la duda, de lo que no está del todo claro, de lo que incomoda por la falta de certezas. De aquello que está disponible y puede ser, aún hoy, descubierto. Al momento de enterarme que era la “nueva profa”, la primera inquietud que me surgió fue cómo iba a hacer para compartir estos saberes y sus múltiples atravesamientos. Esas escenas del miedo, que me acompañaban (y aún hoy lo hacen), me llevaron a preguntarme: *¿cuáles son las posiciones posibles respecto de estos saberes?*

Para empezar, me propuse adoptar una perspectiva crítica, situada y decolonial desde los enfoques de las pedagogías feministas. Esta elección no es arbitraria; es una respuesta directa y necesaria a la “herida” que mi propia historia me reveló. *¿Pero cómo se traduce eso a la práctica?* “La pedagogía feminista se vuelve una forma de activismo como manera de ‘moverse’, está ligada al asombro, a la generación de la sorpresa ante la manera en que el mundo ha llegado a adoptar la manera que tiene” (Ahmed, 2015, p. 276). Con toda la carga histórica que ya tenía este espacio, sentí que había que hacer un movimiento sistémico/transgeneracional. Por supuesto que suena demasiado grandilocuente en este caso, pero hilando más fino, sentí que sí, que el movimiento de intentar transformar lógicas que operaban con tanta fuerza, implicaba un cambio de posición. *Todavía hay estudiantes que mientras dan examen, están temblando.*

Luego de plasmar estas reflexiones, abro también, y a través de esta bitácora auto etnográfica algunas experiencias de asombro y de esperanza que se conectan con esa primera pregunta que compartí al comienzo, pero ahora transformada. Para dar cuenta de esto comparto algunas narrativas a través de fotos que son un registro vivo de mi breve trayecto en esta materia. Esta puede ser una evidencia (no definitiva, ni acabada) de *cómo nos vemos y sentimos, de cómo aprendemos en cada encuentro*:

The image shows a digital survey form titled "Sugerencias y/o Aportes". At the top, it says "Pregunta Obligatoria: NO". Below this, there is a list of options for suggestions, including "ninguna", "Ninguna", "Ninguno", "no", "no.", "No", "No curso", "No tengo sugerencias", and "Nunguno". A green oval highlights the text "le sugiero no irse tanto por las ramas a la hora de explicar para mantener cierto dinamismo de la clase". A green arrow points from this oval to a blue sticky note that says "Así es ... este año lo estoy intentando ...". Below the list of options, there are two more lines of text: "Que siga dando su materia con el amor que da" and "Que siga haciendo un excelente trabajo como lo hizo este año porque fue espectacular".

Imagen 1: archivo propio. *Encuestas universitarias en relación con la materia.*

Nota: Captura de pantalla que saqué de la sección Sugerencias (2024).



Imagen 2, 3 y 4: fotografías propias acerca de las *Experiencias y huellas del intercambio pedagógico*

Notas:

- 1) El dibujo es de una de las estudiantes que aprende mejor, si puede dibujar mientras escucha;
- 2) El “cupón para futuros abrazos” evidencia las relaciones actuales que hacen les pibis con los temas propuestos en las clases (*Attack on Titan* es un anime japonés);
- 3) La foto es de una clase que hicimos en movimiento para conocer una réplica del Teatro Griego que se encuentra en Mendoza-Argentina, 2025 (subimos un cerro para conocerlo).

Mi intención, con estas narrativas, es recuperar y honrar cómo se hace posible el sentir en los intercambios pedagógicos, a través de mediaciones creativas, afectivas, recíprocas, que nos permiten abrirnos no sólo a lo que nos acerca, sino también a lo que nos distancia. En definitiva, a practicar amorosamente entre varies. Estas prácticas pedagógicas emocionales y acuerpadas pueden florecer hacia nuevos saberes, hacia nuevos sentires de lo que hemos vivido, pueden provocar el asombro y la esperanza compartida. Este enfoque no busca borrar las “heridas” del pasado, sino trabajar “con y en” ellas para producir nuevos saberes y sentires, que en este caso se evidencian a través de las narrativas generadas por les estudiantes. Las prácticas pedagógicas afectivas proponen intercambios éticos, encarnados y esperanzados, pueden provocar reorientaciones políticas del cuerpo y de los saberes.

Bibliografía:

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México, PUEG-UNAM.

La carne misma del tiempo

Micaela Flores*

Entre 2016 y 2022 cursé mi formación docente en el profesorado Dr. Joaquín V. González, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Mi experiencia académica se desplegó en un contexto de intensa conflictividad social y política. Los años 2018 y 2019, en particular, estuvieron marcados por las movilizaciones contra la creación de la UniCABA (Universidad de la Ciudad que concentra en una sola institución a los 29 profesorados de CABA), por el movimiento feminista que reclamaba la legalización del aborto y por la creciente visibilidad de la comunidad LGBTIQ+. Durante ese tiempo, descubrí que mi identidad como futura docente se estaba configurando no sólo en las aulas, sino también en las calles, en las asambleas, en los espacios colectivos atravesados por emociones compartidas.

Transitar este círculo de lectura sobre el libro “La política cultural de las emociones” de Sara Ahmed me permitió volver a aquellos años de formación en donde, ahora con mucha distancia, me veo y reconozco atravesada por el miedo, la vergüenza, los vínculos feministas y las heridas colectivas que fueron configurando mi modo de habitar la educación. Ahmed señala que “El miedo implica una anticipación de daño o herida, nos proyecta del presente hacia un futuro” (Ahmed, 2015, p. 109). Esa idea me permitió comprender lo que vivimos en 2018 con el proyecto de la UniCABA¹: el miedo y la angustia no eran emociones individuales, sino un afecto que recorría los pasillos del profesorado, que nos marcaba con la posibilidad de perder nuestro espacio de formación. Ese miedo, sin embargo, no nos paralizó, nos empujó a mantenernos juntos frente a un peligro compartido. Fue precisamente esa cercanía la que nos llevó a organizarnos, a encontrarnos en asambleas, a cortar la calle para realizar clases públicas frente al profesorado, pero también frente a la Legislatura, y a marchar por las calles. Descubrí que la política del miedo no se agota en el control, sino que puede abrir la posibilidad de la acción colectiva.



* Centro Cultural de la Cooperación “Floreal Gorini”, Argentina. floresmicaela630@gmail.com

¹ En medio de un contexto neoliberal y con el expresidente Mauricio Macri en el poder, la propuesta de la UniCABA implicaba el desmantelamiento de 29 establecimientos terciarios y la pérdida de fuentes laborales.

Imagen 1: fotografía gentileza de Leandro Teyssaire. Publicada en el diario Página 12 el día 13 de abril de 2018.

Al mismo tiempo, recordé cómo en esos años la inmensa marea verde también había llegado al profesorado dando inicio a numerosas denuncias hacia docentes y compañeros varones por parte de mujeres y disidencias. Aparecía la indignación, la rabia y el dolor. Resuenan las palabras de Ahmed cuando menciona que “La tarea sería no solo leer e interpretar el dolor como sobredeterminado, sino también hacer el trabajo de traducción, mediante el cual el dolor se lleva hacia el ámbito público y, al moverse, se transforma. Si queremos alejarnos de vínculos que son dolorosos, debemos actuar sobre ellos (...)” (Ahmed, 2015, p. 263). Y actuamos. Nos organizamos y juntamos docentes y estudiantes para darle forma al movimiento “Mujeres con lengua” del profesorado en donde redactamos documentos, discutimos sobre la activación de protocolos e hicimos intervenciones en la institución.



Imagen 2: archivo propio. Logo del colectivo “Mujeres con Lengua”.

La sensación de pertenecer a una red de afectos me dio, en palabras de Ahmed: “(...) la esperanza, la esperanza que guía todos los momentos de negación, y estructura el deseo de cambio con el temblor que lo acompaña cuando el futuro se abre, como una apertura hacia lo que es posible” (Ahmed, 2015, p. 259), pero también reconocer que no existe la ausencia del conflicto, sino que debemos persistir en el vínculo a pesar de las diferencias. De a poco iba trazando mi-ser-yo-docente como una práctica sostenida por afectos que habilitan la transformación.

En la conclusión, Ahmed sostiene que “Nuestros cuerpos han sido moldeados por sus heridas; las cicatrices son huellas de esas heridas que persisten en el proceso de sanar o suturar el presente” (Ahmed, 2015, p. 304). Reconozco en mí ambas huellas, la herida de haber transitado esos años con miedo o amenaza al cierre de los profesorados, y la cicatriz como recuerdo de que esa lucha me formó políticamente.

La lectura de Ahmed me permitió volver a los años de mi formación docente desde las categorías que plantea. Me permitió también reconocer las emociones no como experiencias privadas o individuales, sino como huellas políticas que organizan cuerpos y comunidades. Como sostiene Ahmed, “Las emociones también abren futuros, por las maneras en que

implican diferentes orientaciones hacia los otros. Toma tiempo saber lo que podemos hacer con la emoción” (Ahmed, 2015, p. 304).

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México, PUEG-UNAM.

Página/12. (13 de abril de 2018). En marcha por los profesorados. Miles de personas reclamaron la continuidad de los Institutos de Formación Docente. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/107819-en-marcha-por-los-profesorados>

Bitácora de un recorrido vertiginoso. Desanfitrionar el feminismo, abrir futuros en común

Victoria Pasero*

Escribir para mí siempre es liberador. Tanto si desprende lo que de otro modo retengo, o si encauza las aguas que amenazan con inundarlo todo. Puesto que vivo bajo la sensación constante de estar “desbordada” (de palabras, de emociones, de sentires), como un tanque rebosante que necesita drenar por algún lado esas cantidades inmensas de líquido. Por eso, supongo, me cuesta también encontrar límites, algo que contenga y bordeé un espacio. Acá va un intento entonces por organizar todo lo desatado luego del recorrido de la lectura colectiva de Sara Ahmed.

Leer junto a otras a Ahmed me condujo a lugares difíciles y gozosos por igual. La confrontación con ese lenguaje vedado, menospreciado o, en el mejor de los casos, simplemente ignorado, que supone el terreno de las emociones, nos deja a “carne viva”. Su lectura es incómoda, lo que nos muestra de nosotras/es mismas/es a partir de cómo funciona la economía política de las emociones al disponer y organizar corporalmente el mundo, en y desde sus formas de afectar diferencialmente determinadas vidas, corporalidades, experiencias.

Hay una interpelación política constante en relación con nuestra tarea como feministas. En tanto la autora sostiene que el feminismo involucra una respuesta emocional al mundo y con ello una reorientación corporal (Ahmed, 2015, p.269), nos desafía a preguntarnos cosas: ¿Quiénes dan la bienvenida al feminismo? ¿A quiénes se rechaza? ¿A dónde pertenecemos cuando nos corremos del lugar de la herida? ¿Es siempre la comunidad y el lazo social un lugar en el que como mujeres, disidencias, personas racializadas es posible encontrar asilo? ¿A qué esperanza abrimos en una política feminista que conjugue cierta incomodidad con posibilidad de refugio compartido?

Algunas emociones llevan a la contracción de algunos cuerpos y a la expansión de otros. Los efectos desiguales en que funciona la economía política de las emociones hacen que ciertos cuerpos, atravesados por relaciones de poder, se acercan y se alejan, se expanden y se contraen, se les presenta dificultades para retornar y pertenecer. Por ejemplo, la repugnancia expulsa ciertos cuerpos en el mismo movimiento que reserva lugares a otros; el “temor al rechazo” cimienta la desconfianza en algunos cuerpos que limitan así sus movimientos. Por el contrario, en un ejercicio transfronterizo, otras emociones diluyen las fronteras entre los cuerpos y producen encuentros inesperados. Los lugares, el movimiento, la pertenencia... el asombro y la indignación, la no repetición y la reinención, sabernos cerca.

La piel como territorio, extenso, con miles de terminaciones nerviosas, conexiones. Habilitadora de sensaciones de un amplio espectro: se eriza con los cambios de temperatura, emociones; respira, transpira, se inflama, se expande, se contrae. La piel como territorio marcado por muchas geografías: grietas de cicatrices, ríos de venas y várices, estrías y arrugas;

* Instituto de Ciencias Humanas Sociales y Ambientales (INCIHUSA-CONICET). Universidad Nacional de La Plata. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO "Universidades y despatriarcalización" y "Cuerpos, feminismos y territorios".

manchas de moretones, raspones, lastimaduras; variaciones en el color y textura de la piel, zonas suaves y otras rugosas, extensas llanuras y sitios sobresalientes, la blandura de los lunares o la dureza ósea. La piel como lienzo donde escribir historias, recuerdos, memorias, dolores. La piel, como reservorio de huellas, marcas o cicatrices, que expone algo que a veces permanece oculto, esquivo o difícil de visibilizar.

Las emociones bordeando, tocando, siendo esa piel. Las emociones justas, dice Ahmed, podrían ser aquéllas que trabajan “con y en más que sobre las heridas que salen a la superficie como huellas de lesiones pasadas en el presente”, como “la carne misma del tiempo” (2015, p. 203), que mantiene viva las historias, no en un tiempo individual, si no en las memorias compartidas de las violencias (coloniales, clasistas, racistas, heterosexistas).

¿Cuáles son las emociones “justas”? Proyectamos lo que soñamos como horizonte de lo justo, un lugar donde llegar y que el cobijo sea posible. A modo de laberíntico espejo borgiano¹, trazamos como justo lo que habita en nuestro íntimo deseo, y eso puede producir un “profundo horror”, tanto por el “imposible espacio de reflejos”, como por la imitación especular de lo que se anhela.

Por supuesto, Ahmed no nos brinda respuestas cerradas, pero sí pistas contundentes por dónde movernos para seguir en la búsqueda: diferenciar la reparación, de la sanación y de la posibilidad de hacer justicia; el derecho a sentirnos mejor y el bienestar frente a la “promesa de la felicidad”. Romper la idea de “anfitrionas” del feminismo, para permitir-nos ser invitadas/ess a otras formas de hacer un hogar feminista.

Como investigadoras/docentes/estudiantes feministas, que transitamos el mundo universitario, académico, usamos algunas palabras difíciles, habitamos cierto cuerpo, color de piel, podemos ilusionarnos con la promesa de la “inclusión”, la pertenencia; o apostar a la política de la “compasión”, haciendo uso del “privilegio de la solidaridad”, tal como describe Houria Bouteldja (2010), el autopercebido llamado de, cuál vanguardia iluminada, conducir al rescate de las/es otras/es.

Ni salvadoras ni víctimas, ni arrogantes ni ingenuas, podemos tomar notar de esta advertencia que nos hace Ahmed:

Necesitamos tener cuidado para no instalar los ideales feministas como ideales que las otras deben encarnar para poder entrar al feminismo. Dicha reificación de los ideales políticos posicionaría a algunas feministas como “anfitrionas”, las que decidirían cuáles otras reciben la hospitalidad del amor y el reconocimiento, y entonces el feminismo estaría basado en una diferenciación entre nativas y extranjeras (2015, p. 270)

Aunque no seamos iguales, “vivimos en un terreno común” (Ahmed, 2015, p. 286) y allí es donde debemos abonar, con nuestras diferencias, a un feminismo que nos permita abrir a futuros que nos muevan entre la incomodidad y el hacernos un hogar, entre las contracciones y relajaciones del cuerpo, en un vaivén transformador, lleno de asombro, valentía y disposición colectiva.

¹ Gran parte de la obra de Jorge Luis Borges tiene presente las metáforas especulares y de laberintos, pero en particular, traigo su poema “Los espejos” (1964): “Yo que sentí el horror de los espejos/ no sólo ante el cristal impenetrable /donde acaba y empieza, inhabitable, /un imposible espacio de reflejos”.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM- Programa Universitario de Estudios de Género.

Borges, Jorge Luis (1964). Los espejos. En *El otro, el mismo*. Buenos Aires: Emecé.

Bouteldja, Houria (2010). “Las mujeres blancas y el privilegio de la solidaridad”, en *IV Congreso Internacional de Feminismo Islámico*, Madrid. Disponible en: <https://www.decolonialtranslation.com/espanol/houria-bouteldja-IV-congreso-de-feminismo-islamicoEsp.html>

Epílogo

Tania Jimena Hernández Crespo*

Yenny Carolina Ramírez**

Zaida Almeida Gordón***

Mariana Elizabeth Alvear Montenegro****

María Fernanda Solórzano Granada*****

Julieta Evangelina Cano*****

Milena Almeida Mariño*****

Paulina Serú*****

Gabriela A. Ramos*****

A partir del texto "La política cultural de las emociones" de Sara Ahmed, compañeras de diversas geografías en América Latina (Argentina, Ecuador, Uruguay, Chile, Colombia, México) fuimos construyendo juntas encuentros sintientes a partir de la lectura, de las vivencias y los contextos en los que habitamos. La lectura compartida, el trabajo expositivo, las lecturas teórico-políticas, las resonancias afectivas y el sostén colectivo construyó un espacio central para las académicas del GT CLACSO Universidad y despatriarcalización.

Leer juntas ha sido una experiencia significativa que ha puesto en el centro los cuidados como formas de resistencia, la escucha transformada en potencia de sentir juntas, de crear lazos, de tejer hilos, de resonar, de generar reflexiones y preguntas en colectivo, de convocar la rabia, el odio, la indignación, el amor, el dolor, el miedo, la tristeza, la repugnancia, la vergüenza, la ternura, la esperanza, entre otros.

Leer juntas fue tejiendo la necesidad de escribir, como acto político-académico y fue derivando en la propuesta de construir una bitácora-diario autoetnográfico que articulara epifanías narrativas y materiales (como fotos, audios, videos, etc.), vinculando nuestras experiencias vividas en el territorio universitario con una o varias de las emociones trabajadas en el círculo de lectura. Sin intención inicial, cada discusión iba profundizando en la necesidad de acuerpar

* Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

** Universidad Nacional de Colombia (UNAL). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

*** Universidad Central del Ecuador (UCE). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

**** Universidad Central del Ecuador (UCE). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

***** Universidad Intercultural de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas Amawtay Wasi (UINPIAW). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

***** Universidad Nacional de La Plata (UNLP). IUPFA. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

***** Universidad Central del Ecuador (UCE). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

***** Universidad Nacional de Cuyo (UNCUYO). INCIHUSA-CONICET. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

***** Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini". Universidad Nacional de Luján (UNLu).

y encarnar las lecturas, de acentuar la incomodidad, las tensiones y derivarlas a la escritura colectiva y situada de las académicas que protagonizaron este espacio afectivo durante meses.

1. Experiencia de leer en círculo

Encontrarnos en círculo para compartir la lectura, la palabra y el sentir, nos ha permitido acompañarnos en el tejido de nuestras resistencias personales y colectivas. ¡Nuestras palabras han sido los hilos! Acompañarnos desde los afectos nos permitió construir comunidad. Y sin la comunidad, muchas no habríamos podido terminar de leer el libro.

Taller de sentipensar colectivo, 16 de septiembre de 2025

Abrir un espacio para leer y hablar de los afectos y su fuerza política nos permitió rescatar nuestras propias prácticas afectivas, darles espacio y reconocer su potencia política en los entornos de resistencia y luchas de poder. En ese sentido, la palabra resonancia es muy acertada para describir lo que sucedió en cada uno de los encuentros. Resonar con el texto, resonar con las demás, resonar con las historias narradas, se constituyó como una práctica del sentir. Sentir para poder pensar(me), pensar(la), pensar(nos). Así el círculo de lectura, como el encuentro que resuena, el encuentro resonante, es un espacio de resistencia en los contextos de la ilógica racionalidad neoliberal que nos acontece. Estamos hablando de la alegría del encuentro a la potencia del encuentro, un espacio que, por sólo suceder, y en la tarea de sostener, nos transforma.

Reflejada en cada palabra, conmovida, emocionada y llenita de rabia al ver que en varios países latinoamericanos la historia de violencia se ha potenciado. Sin embargo, contagiada de esperanza y fuerza... por el disfrute de poder compartir con otras mujeres, hijas, madres, abuelas, docentes, luchadoras y valientes. (Taller de sentipensar)

Podemos observar que, el círculo de lectura generó una suerte de “incomodidad necesaria”, tramada en cada página, pero también en cada encuentro. Una incomodidad que se expande y que abre grietas para pensarnos y sentirnos juntas; así, en medio de un presente político desolador, nosotras decidimos abrazarnos, tomar los hilos de nuestras propias existencias y coser-restaurar(nos) las heridas sociales. En cada encuentro hablamos de las marcas de la piel y la relación de la memoria del cuerpo colectivo y social.

Yo sentí el círculo como un espacio seguro. También admiración por el uso del tiempo: del tiempo que las compañeras y yo misma nos tomamos para hacer la presentación asignada, el tiempo largo que implicó la participación sostenida durante varios meses, el tiempo también de lectura atenta de un texto que no siempre fue amigable. En momentos de tiempos acelerados, donde todo es para ya, “tomarse el tiempo” de leer de forma colectiva, reflexionando, linkeando con nuestra experiencia, con nuestra cotidianidad y con nuestra memoria, me pareció un ejercicio muy nutritivo. Creo que lo que más me conmovió, y lo que más me convocó, fue el compromiso asumido con todas las-otras para sostener el tiempo de encuentro. (Taller de sentipensar)

Este cuarto propio se convirtió en un espacio seguro al que acudimos cada quince días. De esa manera, formamos una red de afectos sostenida por las palabras que circulaban y sustentaban una co-construcción, de sentipensares y saberes en un proceso de aprender con placer, develando la cuestión social de las emociones y el carácter político de los malestares.

[illegible]

Este mapa de palabras expresó muy bien las emociones más recurrentes en nuestras experiencias compartidas en las bitácoras. Nos impactó ver la claridad con la que se conectaba el miedo, con el espacio, los cuerpos y la universidad. Nos preguntamos: ¿qué estamos viviendo en nuestros espacios educativos que el miedo aparece tan fuerte? ¿Qué relación existe entre el miedo vivido por las mujeres y las formas androcéntricas que dan forma a la universidad? ¿Por qué después de más de dos siglos vivimos la universidad como un espacio violento? Ver nuestras emociones, nos permitió reflexionar por los alcances y limitaciones de nuestros cuerpos, sus incomodidades, pero también sus potencias para distanciarse de la norma. El círculo nos permitió sentipensar cómo la lectura compartida se vuelve un acto encarnado y no sólo cognitivo, en el que se tejen hilos con las otras desde la palabra y la reflexión. El intercambio nos interpeló a cada una por nuestras prácticas afectivas, nos llevó a reconocerlas y a darle valor a su fuerza política. Este círculo fue una fiesta, una celebración de la vida movida por la rabia y la esperanza de las historias que se entrecruzan.

He tenido que justificar
mi cuerpo
mi deseo
mi silencio
mi risa
mi diferencia.
He tenido que explicar por qué no soy como esperaban.
He aprendido a resistir
Las miradas que juzgan

*He tenido que justificar
mi cuerpo
mi deseo
mi silencio
mi risa
mi diferencia.
Y no soy como esperaban.
He aprendido a resistir
Las miradas que juzgan*

*los gestos que niegan
las voces que mandan.
Y aun así, me mantengo íntegra.*
(Cristina Peri Rossi, S/N)

El círculo de lectura nos invitó a observar cómo circulan nuestras emociones, cómo se nos pegan a los cuerpos y a las palabras. En cada encuentro pactado para desarrollar la lectura y discusión de cada capítulo del texto de Ahmed, se pudo sentir, aun a través de las pantallas, el profundo estremecimiento de cada una de las que nos dimos cita en ese cuarto propio. En este círculo de lectura aprendimos a leer con el cuerpo.

Múltiples emociones me embargaron a lo largo de la escritura de mi bitácora. El recorrido de recuerdos, junto con las emociones fueron como cascada de sensaciones desde las más dulces y placenteras hasta las más dolorosas y repugnantes. Sin embargo, cada emoción marcó un recuerdo, ubicó una escena de la vida y al final conjugaron en lo que podría llamar mi existencia. Ese ubicarme en un tiempo/espacio presente, con diálogo permanente entre el pasado y, jugando a ser adivina, el futuro.
(Taller de sentipensar)

Mientras las sesiones transcurrían, las manos presurosas anotaban en el papel, ideas, pensamientos, sentires, pálpitos, dolores, y demás sensaciones y emociones como una necesidad de exteriorizar eso que salía, se atoraba y regresaba en forma de palabra.

A todo esto, el cuerpo fue la vasija en la que se movían mis aguas internas, a manera de lágrimas, a ratos como frío sudor; todos fluidos inconscientes como resultado de las emociones que movilizaban recuerdos. Vacíos en medio de la panza, manos inquietas, ojos pensativos, garganta atorada. Dejarse llevar en cuerpo y pensamiento también resultó un ejercicio político de ceder, dejarse ir, permitir sentir y de dejar hablar al cuerpo. (Taller de sentipensar)

Sentimos tensiones, incomodidades, ternura radical. Ahmed fue la voz, la palabra y a la vez la posibilidad de que esa “digna rabia”, esa rabia necesaria, fluya y nos ayude a traducir lo que sentimos.

Mi cuerpo sana junto con las otras, está bien resistir desde las emociones. Está bien reivindicar los afectos como potencia política. Mi alma y mi cuerpo se reconciliaron desde la lectura y la escritura colectiva. (Taller de sentipensar)

Entonces todas pensamos “No podemos no enojarnos”. Al final de leer-nos, escribía emocionada a las compañeras, por lo que me habían conmovido, conmocionado sus textos. (Taller de sentipensar)

Algunas lecturas eran muy desmoralizantes, pero encontrarse con otras en el sentimiento, es reconfortante. Leer un texto que no fue tan amable, no solamente por los sentimientos, sino por la deriva psicoanalítica, no es un texto prístino, de a momentos resultaba opaco. Un texto tan jugoso y endemoniado que su lectura implicaba leer y analizar, también, los “pie de página”, los cuales ameritan “otro” círculo de lectura. Hasta llegamos a pensar que Sara jugaba con nosotras a las escondidas haciéndonos trampas, mostrándonos la escritura del texto principal y ocultando en los anexos lo más sabroso de su exposición para probar cuánta pulsión de saber realmente teníamos en cada lectura. Sin embargo,

...el dispositivo del círculo fue reconfortante, potente. El círculo me volvió a dar tranquilidad mental, hice pie en que lo personal también es colectivo. Es como la sensación de poder volver a construir comunidad. (Taller de sentipensar)

Después de las lecturas escribimos nuestras bitácoras como extensiones de nuestros cuerpos, como gestos materiales de nuestras emociones. Escribir fue sentir el pasado, tocar las heridas, tocar las memorias. Crear nuestras bitácoras fue entrar en nuestras emociones, habitarlas, reconocer sus genealogías y sus posibilidades políticas. Traducir lo que sentimos como forma de resistencia. Resistir a la academia que a veces nos exige frialdad, objetividad o distancia. En las bitácoras se evidencia que el enseñar y aprender son actos profundamente corporales. En la docencia, el cuerpo se expone. Enseñar con el cuerpo es dejar que el conocimiento atraviese la voz, los gestos, las pausas, los silencios. Y en ese gesto, nuestras aulas se convierten en círculos, en espacio donde las emociones son legítimas.

Pienso en mi cuerpo y la relación con la pedagogía, donde enseñar y aprender implican exposición emocional y corporal porque enseñar y aprender se hace con la cuerpo toda, entre nosotras, con las otras. Aprendimos a conocernos a través de las bitácoras, aprendimos a Sara a través del círculo, una nueva pedagogía se estrena cuando mujeres entregan sus emociones al servicio del conocimiento ...Mujeres sintientes, aprendientes, erotizadas ... tan racionales como deseantes, tan emocionales como académicas. (Taller de sentipensar)

Las bitácoras cierran con apertura, vamos armando algo juntas, algo de lo que puede ser posible, de lo que se puede imaginar desde lo afectivo, aunque eso que nos afecta, por momentos nos incomoda. Las bitácoras abren la posibilidad de que el conocimiento vuelva a tener cuerpo. Esta pedagogía nos permitió descubrir que el conocimiento no se produce a pesar de las emociones, sino a través de ellas.

Uno de los aportes de los encuentros en ese cuarto propio, fue que pudimos coincidir en que las emociones se sienten en el cuerpo:

Específicamente al momento de escribir mi bitácora sentí como una extensión de mi cuerpo. Pienso en las bitácoras como extensiones corporales, como gestos o huellas de nuestras emociones. (Taller de sentipensar)

Luego de los círculos de lectura y escritura de las bitácoras, nos volvimos a juntar, en el taller de sentipensar, esta vez la intención era trabajar esas emociones a través de preguntas, para que estas nos den pistas sobre lo que estábamos escribiendo, es decir ordenar de alguna manera nuestras ideas. Entonces nos preguntamos: ¿la herida florece? Luego pensamos: las bitácoras son un florecimiento posible de aquella herida que nos dolió, que nos dio miedo, que nos trajo odio y repugnancia.

Las emociones como rabia, enojo, angustia, desesperanza, calma, esperanza entre otras tantas circulan entre nosotras al momento de leer el texto, al momento de escucharnos, de aprender, al momento de escribir nuestras bitácoras. Es decir, pudimos ser conscientes de esas emociones que nos atravesaban, las dejamos fluir, las sentimos y las tomamos como síntoma de consciencia, no solo política sino también como consciencia colectiva. Conectamos con las diversas, pero tan cercanas realidades, desde el río Grande hasta la Patagonia fuimos un solo cuerpo, un manojo de emociones, unas venas abiertas, como diría Eduardo Galeano, palpítamos, lloramos, reímos, fuimos dignas de sentir rabia, ternura, asco, deseo. Sentimos en el cuerpo propio y ajeno.

Las bitácoras, entonces no fueron solamente un momento, fueron el camino y son un pedacito de tiempo pausado que nos recuerdan la necesidad de sentir a través del cuerpo, de la palabra y de red feminista. Escribimos, intentando poner en palabras lo que también se siente, lo que el cuerpo guarda, lo que se escapa entre respiraciones y silencios. Creamos una *minga* emocional, un trabajo colectivo, una siembra compartida, donde cada cuerpo aportó desde su historia, su ritmo, sus sensorialidades y afectos como un acto político. Pareciera que resistir es en comunidad, dignificando los placeres, la alegría, la juntanza.

Pensar/sentir el cuerpo/emoción implica devolverle su lugar en la producción de conocimiento, sobre todo frente a la colonialidad del sentir, como menciona Edgard P. Guerrero:

(...) el poder siempre supo que estas han sido las fuerzas primordiales desde las cuales la humanidad, desde lo más ancestral del tiempo, ha tejido la vida, y por eso mismo, ha buscado colonizarlas, para ejercer el dominio de la totalidad de la existencia. Había que colonizar la afectividad, el Munay, pues para ejercer la dominación de la naturaleza o de los seres humanos es imposible sentir, no puede haber ternura en el corazón (Guerrero, 2018, p. 22).

La modernidad colonial impuso no sólo jerarquías raciales y de género, sino también una jerarquía sensorial y afectiva: quién podía sentir, cómo debía hacerlo y qué emociones eran consideradas legítimas o racionales. Recuperar el cuerpo/emoción es un gesto de insurgencia epistémica, reconocer que la razón y el conocimiento no está separada de la rabia, de la ternura, del asco, de la angustia, del amor, del dolor. Despatriarcalizar implica mirar, escuchar, sentir. La fuerza del sentir se vuelve peligrosa porque sentir es también recordar, conectar, resistir.

3. Contexto y vínculos feministas

“Mientras que el miedo puede encoger el cuerpo que anticipa que será herido, la esperanza puede expandir los contornos de los cuerpos, a medida que se dirigen hacia lo que es posible” (Ahmed, 2015, p. 280)

El Círculo de lectura fue un espacio para alojarnos en tiempos complejos. En América Latina y en el mundo asistimos al avance de proyectos que promueven el odio como forma de gobierno y que hacen de las emociones su campo de batalla. Mientras el genocidio avanza sobre el pueblo Palestino en Gaza, el racismo se profundiza contra nacionalidades y pueblos indígenas en el Ecuador, el odio ocupa los micrófonos oficiales en Argentina -especialmente contra cuerpos feminizados y disidencias sexogenéricas-, el extractivismo neoliberal y financiero arremete en la región, y el “antifeminismo de Estado” (Gago, 2024) se instala en varios países, mientras todo esto sucede, lo que sentimos no es accesorio, es parte de ese escenario.

En este contexto hostil, el encuentro cada 15 días alrededor de una lectura tan movilizante, funcionó como un bálsamo, en donde la propuesta no era alejarnos de lo que nos pasaba, sino (re)encontrar elementos para *pensarnos* y *compartirnos*. No fue escape sino encuentro, que activó una energía colectiva capaz de transformar el dolor en fuerza, la indignación en juntanza, y la tristeza en esperanza.

Las emociones *de* y *acerca de* nuestro contexto actual sin duda fueron uno de los elementos presentes y persistentes, tanto en las sesiones del círculo como en la escritura de la boletina y el taller de sentipensar. En las bitácoras, nuestras voces van y vienen tejiendo y espejando el mundo que nos atraviesa en este momento histórico desafiante, indignante, doloroso y

atemorizante. Nos dimos cuenta de que en estos tiempos es difícil escribir sin sentir un temblor en las manos, narrarnos sin que la rabia cierre la garganta, activar memorias sin que las tristezas rebasen los ojos. Existe una densidad emocional que se ha vuelto atmósfera de época: miedo, rabia, odio, duelo, indiferencia, frialdad, individualismo. No se trata de un acontecer sin más, sino de una tecnología que sirve a un fin, que tiene raíces políticas, y que es producida sistemáticamente. Pero a la par de todas esas emociones que inundan el espacio público, el Círculo también inspiró otras, igual de contundentes, que diseñan los caminos del encuentro. De hecho, podemos pensar en que la politización de esas emociones hace posible el vínculo feminista.

A lo largo del Círculo reafirmamos que las emociones no sólo son una parte constitutiva de la experiencia humana, sino que además nos permiten pensar desde otro lugar, reconocer los bordes, y compartir estrategias de autocuidado sin desmovilizar. La propia acción de encontrarnos a debatir a las emociones como causas, efectos y engranajes de nuestra cotidianidad, estuvo (también) sustentada en lo bien que nos hacía ese encuentro con las demás. El encuentro, mediado por las pantallas, fue abrazo, fue mimo y contención. Y además de todo, fue reflexión y aprendizaje. Significó la posibilidad de asombro, en el sentido pedagógico en el que lo convoca Ahmed (2015), y de esperanza.

Como dice Ahmed, y varios escritos han retomado, las emociones hacen cosas: nos adhieren o nos separan, nos movilizan o paralizan, clausuran o abren espacios, organizan los contornos de lo posible. Actualmente nos atraviesa una política cultural de emociones que buscan romper lazos sociales, atomizarnos y volvernos indiferentes ante el dolor y las injusticias. Una política de las emociones que estigmatiza los feminismos porque pretende restaurar jerarquías que han sido desafiadas por las luchas populares.

Pero también, como narran las experiencias reunidas en esta boletina, hay una política feminista de las emociones que insiste: el cuidado compartido, la indignación que se vuelve organización, el testimonio que circula sanando las cicatrices, la alegría de la juntanza, la confianza en los gestos pedagógicos dentro de nuestras universidades. Frente a los proyectos políticos que agitan la crueldad para inmovilizar, las feministas seguimos produciendo movimiento. No porque ignoremos el contexto, sino porque nos aferramos a la esperanza como práctica obstinada de imaginación política. Quizá parte de nuestro trabajo en estos tiempos consista en tejer “vínculos feministas” que ayuden a reconfigurar la sensibilidad colectiva, a tramar comunidades para enrrabiarnos juntas/es/os, sostenernos en la resistencia, continuar asombrándonos como modo de no aceptar que las cosas tienen que ser así, e insistir en dejar abierto el futuro,

Si el contexto promueve la soledad, nosotras nos encontramos. En la vorágine actual, en donde la estrategia es convencernos de lo irracional de luchar por -lo que algunos consideran- “causas perdidas”, el vínculo feminista nos permite percibir la cantidad de fuegos encendidos, que sin llegar a ser hoguera aún, iluminan el sendero.

De allí que encontremos en el ejercicio del círculo de lectura el acuerpamiento, una experiencia colectiva que nos permitió activar una energía política y afectiva desde el cuerpo y la vivencia compartida, defendiendo nuestros territorios, tanto corporales como simbólicos, a través del acto del habla y la escucha. En el círculo de lectura y en la palabra escrita, nuestras emociones se convirtieron en el tejido que fortalece nuestra resistencia.

De tal manera, escribir en la boletina no es solo un acto de distracción, sino un ejercicio donde las emociones se adhieren y circulan entre objetos, espacios, cuerpos y sujetos, moldeando no solo nuestra subjetividad individual, sino también la experiencia comunitaria que estamos

construyendo en el GT CLACSO. Encontramos en la escritura colectiva una herramienta para dar voz a lo personal, convirtiendo nuestras vivencias y dolores en fuerza y sentido compartido.

La escritura colectiva fue plasmada en múltiples derivas feministas: hubo quienes reflexionaron sobre el odio y la resistencia, las políticas afectivas y la incomodidad, quienes pensaron en el miedo y el asombro, quienes reflexionaron sobre los caminos propios, sobre la menopausia, sobre el miedo y la vida, sobre el sentipensar y las actuaciones, sobre los vínculos en la sociología, sobre el dolor y la rebeldía, sobre laboratorios y provocaciones afectivas y sobre los futuros en común. Todos los textos son parte de un tejido personal y colectivo que resuena con cada una de las académicas que realizamos este ejercicio. Los textos, como ya se mencionó, politizaron las emociones en modo feminista adentrándonos hacia una cartografía afectiva al interior de las universidades y de las prácticas académicas. El ejercicio de sentir y pensar las emociones y afectos en espacios universitarios no sólo es un ejercicio político feminista sino es a su vez una apuesta epistémica por incorporar los afectos como campos del saber feminista.

Bibliografía

Gago, Verónica (2024). *Antifeminismo de Estado* [Podcast]. En *Los monstruos andan sueltos. Un podcast sobre nuestras derechas*. Producido por CLACSO y DiarioAr. <https://www.clacso.org/antifeminismo-de-estado-veronica-gago/>

Guerrero Arias, Edgard P. (2018). *La chakana del corazonar: Desde las espiritualidades y las sabidurías insurgentes de Abya Yala*. Quito: Editorial Abya-Yala.